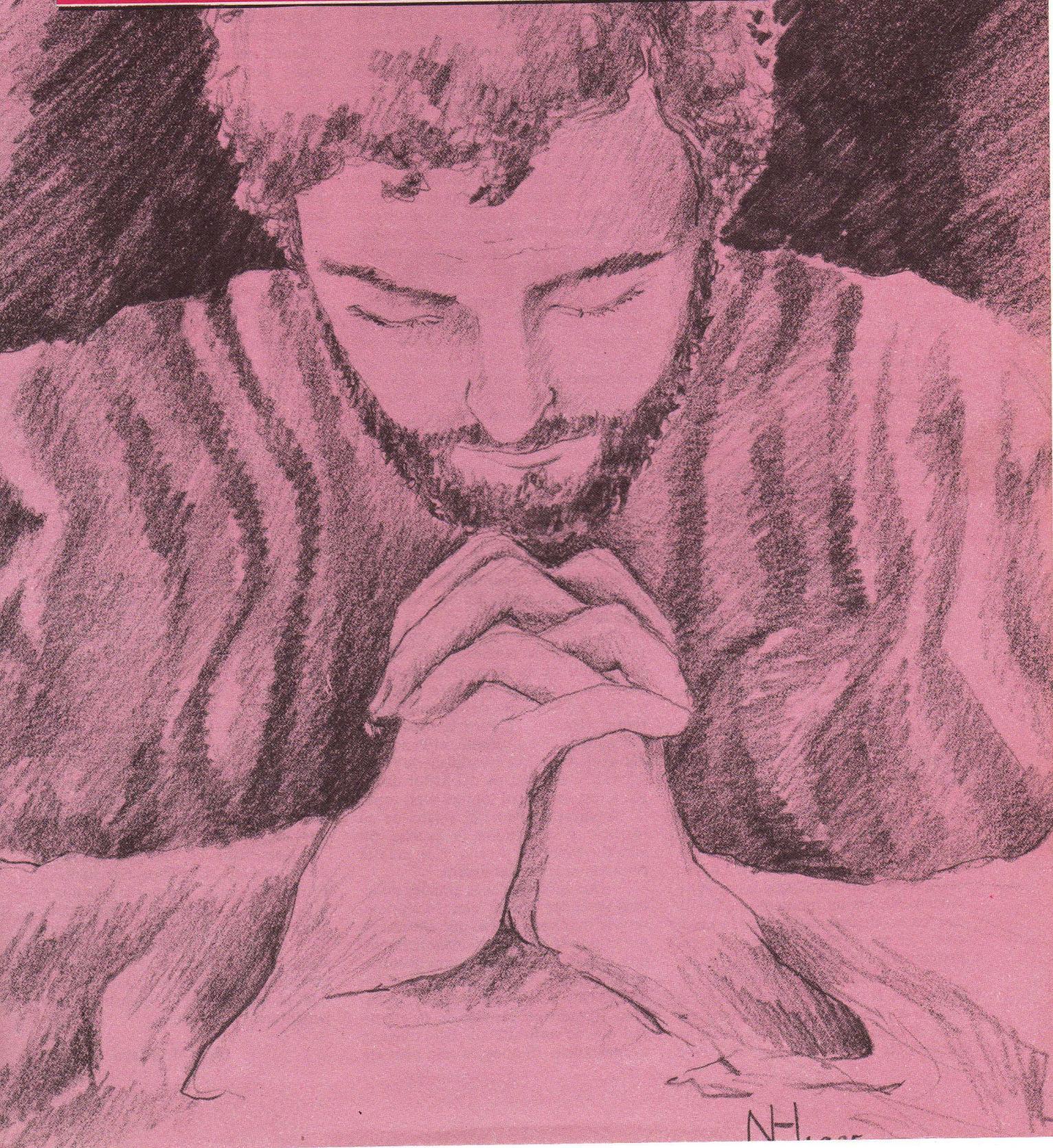


JULIO/AGOSTO 1985

Vino Nuevo



editorial

Los últimos días del Señor como hombre sobre la Tierra fueron quizá los más importantes de todo su ministerio. Getsemaní marca el inicio de una larga jornada, memorable y misteriosa. Viene inmediatamente después de la última cena con sus discípulos y de su anuncio que todos ellos se escandalizarían de él y que Pedro lo negaría tres veces.

Igual que en sus otras crisis, Jesús enfrentó ésta con la oración. Pero no deseaba estar solo. Quería compartir su carga con algunos de sus discípulos y se llevó a Pedro, a Juan y a Jacobo para que velaran con él.

De este punto en adelante, las Escrituras comienzan a desnudar el alma de Jesús y a revelar, con palabras fuertes y maravillosas, una faceta de su vida muy poco conocida. "Comenzó a entristecerse y a angustiarse en gran manera" (Mat. 26:37). El Señor como ser humano había conocido la tristeza en muchas oportunidades, pero nunca como en ésta. Ninguna de sus experiencias pasadas le había angustiado de tal manera. Era un dolor moral profundo que hacía que su mente y corazón se doblegaran abrumados por la presión. Ni el peso de la cruz, ni la tortura de su cuerpo se compararía más tarde con lo que estaba pasando ahora. "Mi alma está muy triste, hasta la muerte" (Mat. 26:38). Lucas dice que "su sudor era como grandes gotas de sangre que caían hasta la tierra" (Luc. 22:44). Y el escritor de Hebreos, que se puso a orar "ofreciendo ruegos y súplicas con gran clamor y lágrimas" (Heb. 5:7).

La agonía del Señor Jesucristo en Getsemaní, jamás se puede interpretar como miedo al sufrimiento físico. Tampoco como un intento suyo de hacer que el Padre cambiara las circunstancias. No era un momento de debilidad como algunos nos quisieran hacer creer. El era el "varón de dolores, experimentado en quebranto" (Is. 53:3).

Jesús estaba frente a algo más doloroso que la tortura física que padeció "como cordero llevado al matadero sin abrir su boca" (Is. 53:7); más angustiador que la pena emocional de ver a

aquellos por quienes daba su vida volverse contra él. Jesús estaba frente a algo que nunca antes había experimentado. En unas pocas horas se convertiría en el sacrificio final para aplacar la justicia divina. Todo el pecado de la humanidad caería sobre él que nunca había conocido pecado. El Hijo eterno de Dios sería manchado por primera y última vez con su inmundicia devastadora. Su naturaleza divina lo detesta y su perfección humana lo aborrece. Por eso ora: "Padre mío, si es posible, pase de mí esta copa; pero no sea como yo quiero, sino como tú" (Mt. 26:39).

Jesús, quien se había despojado de sus privilegios divinos, se identifica totalmente con nuestra humanidad caída. Cuando viene al Padre, no lo hace reclamando sus derechos de Hijo. Se acerca como hombre a punto de ser rechazado, aparentemente, por él. Su muerte tampoco es un pensamiento nuevo para él, porque es "el Cordero que fue inmolado desde el principio del mundo" (Ap. 13:8). Cada vez que Israel ofrecía sacrificio por sus pecados, el Hijo eterno anticipaba su propia muerte y sufrimiento. Todos los acontecimientos antes y después de su encarnación, apuntaban a este momento. El lo sabía. En su ministerio él lo llama "su hora".

Como hombre, podía soportarlo todo, menos la separación del Padre. El pecado de la humanidad sobre él haría precisamente eso. Tres veces oró y "fue oído a causa de su temor reverente" (Heb. 5:7). Pero la copa no le fue quitada. No obstante, el Padre envía a un ángel para fortalecerle (Luc. 22:43), y la angustia del Señor da lugar a una serenidad sobrenatural capaz de soportarlo todo. El relato de su martirio y crucifixión lo prueba. Su victoria sobre el pecado y la muerte fue asegurada en Getsemaní.

¡Qué lecciones más grandes podemos aprender de este relato! La primera y la más conocida es que *Dios siempre responde a nuestras oraciones*, aunque quizás a veces no como nosotros quisiéramos. En el caso de Jesús, el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, ya habían trazado un camino en la eternidad que no sería alterado bajo ninguna circunstancia. El apego a este plan era

la garantía del éxito de su misión entre los hombres. El Padre, en su bondad infinita, mantuvo firme la decisión hecha y por eso, Jesús, el hombre, está sentado a la diestra de Dios y nosotros tenemos hoy la redención.

A veces pedimos cosas que el Padre rehúsa darnos justamente porque nos ama. Es entonces que nuestro Sumo Sacerdote viene para fortalecernos. Su experiencia en Getsemaní le permite identificarse con nosotros y nos consuela con la misma consolación que él recibió. Pablo descubrió esta fuerza cuando pidió que su agujón en la carne fuese quitado (vea 2 Cor. 12:7-10).

La segunda lección, muy importante, es que *el Señor nos invita para quedarnos y para orar con él*. ¡Qué privilegio más grande es poder compartir esos momentos de intimidad con el Señor! No los desperdiciemos pidiendo por cosas triviales o lo que es peor durmiéndonos. Dejemos que el Espíritu nos haga sentir como él y aprendamos a orar con él. Cuando Jesús ora es siempre por algo muy importante. Cosas trascendentales suceden y si nosotros oramos con él, seremos parte del desarrollo de acontecimientos vitales.

Una tercera lección que aprendemos es que *hay una hora sagrada para orar*. No me refiero a una hora del reloj en particular, sino a momentos críticos en los que asuntos de suma importancia se deciden delante de Dios. Es la hora cuando debemos estar alertas, orando y velando para no entrar en la tentación de satisfacer la carne y desviarnos de la voluntad de Dios. Hay una actitud de oración en la que siempre estamos en comunicación con el Padre. Pero también hay una hora, un tiempo decisivo. Después pudiera ser demasiado tarde.

Getsemaní es el lugar supremo de la oración. El Señor nos invita a entrar allí con él. No nos atrevamos a ir solos ni a rechazar su invitación. Tampoco desperdiciemos esta hora de preparación durmiendo. Podría significar la diferencia entre ser poderosamente usados por Dios o tener que pasar el resto de nuestras vidas lamentando su ausencia.

Hugo M. Zelaya, Director

ARTICULOS

40

Nuestro lugar en la oración

Charles Simpson

44

La oración por otros

Norman Grubb

46

La oración excelente

Des Evans

50

Cómo hablar con alguien que amas

Rousas Jon Rushdoony

52

Esperar al Señor

Bob Mumford

56

La Ansiedad

Oscar Rinaldi

58

Confianza en la oración

Bruce Longstreth

62

Decapitemos al enemigo

Terry Law

67

Sugerencias para padres

Bruce Longstreth



Portada: Norberto Herrera

Director:

Hugo M. Zelaya

Editor:

Noé Martínez Quesada

Administrador:

Guyon H. Massey

Circulación:

Emilio García Sarmiento

VINO NUEVO es publicada bimestralmente por el Centro Para Desarrollo Cristiano, Apartado 5551, Teléfono: 36-31-26 San José, Costa Rica

© Copyright 1985

Derechos Reservados

Prohibida la reproducción

total o parcial

sin el permiso de los editores.

Los puntos de vista expresados en VINO NUEVO representan la opinión de sus escritores y no necesariamente de los editores o directores.

El material que se envíe para su publicación debe ser escrito a máquina, a doble espacio

y por una sola cara de la hoja.

Si desea devolución del manuscrito,

incluya un sobre con su dirección

y el importe postal

correspondiente.

A menos que se indique

de otra manera, las citas

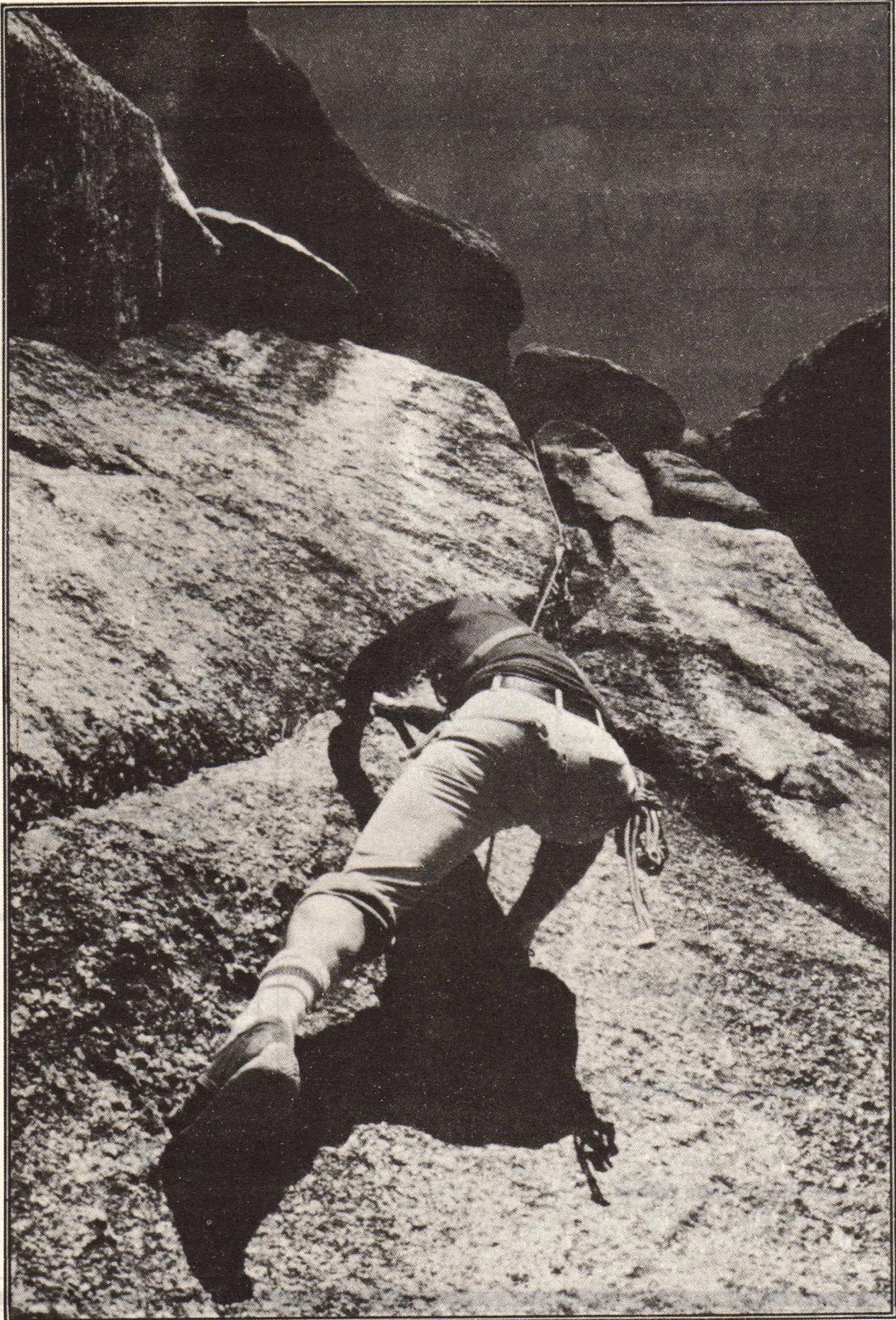
corresponden

a la revisión de 1960 de la

Versión Reina Valera.

Impreso en Costa Rica.

Por Litografía Costa Rica, S. A.



El reto de ser sinceros con Dios

Nuestro lugar en la oración

Por Charles V. Simpson

Aunque pudiéramos dividir la oración en muchas categorías, finalmente éstas se reducirían a dos: la efectiva y la inefectiva. No podemos apartarnos de estos dos resultados.

Todo cristiano desea que su oración sea efectiva, pero ¿cuál es la clave? Los personajes mencionados en la Biblia eran primordialmente hombres de oración que *sabían cuál era su lugar*.

Una de las tentaciones más grandes que tenemos los cristianos cuando estamos orando es asumir que, porque conocemos y amamos a Dios, sabemos lo que Dios piensa con respecto a lo que estamos orando. Asumimos que nuestra sinceridad nos ilumina automáticamente. La sinceridad es loable, pero no sustituye la perspectiva de Dios. La mayoría de nosotros hemos estado sinceramente equivocados en alguna ocasión. Hay oraciones que yo he hecho que francamente me alegro que Dios no las haya contestado.

La oración refleja nuestra actitud hacia la vida, y cuando oramos, lo que pensamos de Dios se manifiesta de alguna manera u otra. A menudo venimos a él con toda sinceridad y proyectamos nuestra voluntad en el nombre de Jesús. La oración no debiera usarse para decirle a Dios lo que debe hacer; El ya sabe. Por eso el punto crítico es poder distinguir entre nuestro papel y el de Dios. Para decirlo con simplicidad, nosotros somos sus siervos y El es el amo. Eso significa que venimos a orar para servir sus intereses.

Humildad delante de Dios

Hay cuatro principios que debemos entender para encontrar nuestro lugar en la oración. Y cuando hablo de lugar, no quiero decir un lugar geográfico, sino una condición espiritual.

Primero, tenemos que *reconocer nuestra condición* delante de Dios, no donde quisiéramos creer que estamos. Ser humildes es aceptarnos tal y como somos. Es la disposición de vernos realísticamente y aceptar lo que vemos; no necesariamente que nos alegremos por lo que vemos, sino

que seamos sinceros al respecto. La humildad es la única base para orar efectivamente. "Dios da gracia a los humildes, pero resiste a los soberbios" (I Ped. 5:5).

Hay personas que no saben cómo acercarse a Dios, pero lo hacen con humildad de corazón y encuentran la gracia y el favor de Dios. Hay quienes conocen todas las formas correctas para venir a Dios, pero por el orgullo en sus corazones no encuentran el favor de Dios.

En cierta ocasión escuché una historia de un grupo de pastores que se había reunido para orar. Uno por uno oraron todos, pero nada sucedió hasta que uno de ellos oró. Entonces la gloria de Dios llenó la sala donde estaban. Después de la reunión uno de los pastores le preguntó a este hermano: "¿Por qué es que cuando nosotros oramos nada pasó, pero cuando tú oraste algo sucedió?"

El pensó un momento y dijo: "Cuando Uds. oraron defendieron su caso, pero cuando yo oré me declaré culpable y me entregué a la misericordia de la corte".

Esta es una buena descripción de lo que Dios está diciendo: "Cuando vengas ante mí, ven con humildad; como realmente eres". Es imposible comenzar un viaje sin un punto de partida; no se puede disparar un revólver que no se tiene; ni se puede erigir una fortaleza de intercesión con la arena de la irrealdad.

Frente a la realidad

Quizá la parte más difícil en la oración es comenzar bien. La presión de lo que se espera de nosotros moralmente puede ser una motivación buena para vivir bien, pero también puede motivarnos para que no seamos sinceros, o para que usemos terminología que está muy por encima de la realidad de nuestras vidas. Muchas veces sólo la misericordia de Dios nos puede salvar del autoengaño.

Vea lo que me pasó hace muchos años. Yo tenía problemas con el tabaco. Ese es un proble-

ma para todo cristiano, pero particularmente para cualquiera que quiere entrar en el ministerio.

A mí no sólo me gustaba el tabaco, me tenía dominado. Cuando era un adolescente, jugaba baloncesto con una cantidad de tabaco en la boca, y podía jugar un cuarto de tiempo sin escupirlo. Por supuesto que esto es algo muy peligroso también.

El punto que quiero enfatizar es que me gustaba fumarlo, masticarlo y olerlo; era una adicción. Era como esas personas que si pudieran harían emparedados de tabaco y se lo comerían; y si pudieran conseguir que alguien sostuviera el cigarrillo mientras duermen, fumarían constantemente.

Aunque sabía que Dios no quería que fumara, siempre encontraba excusas para no dejarlo. Como que "fumar calma los nervios" y "otros lo hacen, ¿por qué yo no?" Más sorprendente es que Dios no me hubiese dejado, pero en mi corazón yo sabía que a él no le gustaba.

Una vez, en una campaña de avivamiento, yo estaba bajo la convicción del Espíritu y comencé a orar: "Señor, quiero dejar de fumar". Había dicho eso miles de veces, porque sabía que Dios quería que dejara de fumar, y siempre queremos decir lo que Dios quiere. Pero esta vez, cuando hice una pausa en mi oración, lo suficientemente larga para que Dios pudiera decir algo, le oí decir, con tanta claridad que me sorprendió: "¡Mientes! No quieres dejar de fumar. ¡Te gusta el tabaco!"

De pronto sentí como cuando alguien enciende las luces en un cuarto oscuro, y dije: "Es cierto. Realmente no tengo el deseo de dejar de fumar. Me gusta demasiado. Dios, por favor quítame el gusto. Quítame el deseo. Si tú no lo haces, todavía me gustará; es la verdad".

Entonces oí que Dios me hablaba otra vez y decía: "Ahora sí puedo ayudarte".

Durante años, le había impedido ayudarme porque no había comenzado en la realidad.

El único fundamento que tenemos para cam-

El único fundamento que tenemos para cambiar al mundo es enfrentar la realidad en nuestras propias vidas.

biar al mundo es enfrentar la realidad en nuestras propias vidas. Cuando oremos, debemos darnos cuenta que estamos delante del mismo Dios que nos vio en nuestra ignorancia y pecado voluntario y tuvo de nosotros misericordia. Sólo eso puede abrirnos a su favor cuando oramos.

La presencia de Dios

El segundo paso para encontrar nuestro lugar en la oración es *reconocer la presencia de Dios*. Por supuesto, Dios es omnipresente; está en todas partes, todo el tiempo. Pero desde nuestra perspectiva humana, sabemos que hay ocasiones cuando sentimos su presencia y otras cuando no.

Derek Prince ha dicho que la diferencia entre una reunión de oración y la búsqueda de Dios es que cuando uno termina de orar en una reunión se puede ir, pero cuando está buscando a Dios, no se va hasta que lo encuentra.

En 1964, después de recibir el bautismo en el Espíritu Santo, me hice de un compañero de oración y comenzamos a pasar los sábados en la iglesia ayunando y orando.

Hicimos un convenio, que no invitaríamos a nadie a esa actividad sin sentir una impresión específica del Espíritu Santo. Un sábado, cuando llegué a la iglesia para orar, me encontré a un hombre esperando. Supuse que mi amigo lo había invitado y dije: "Seguro vienes para orar".

"Sí", dijo él, "creo que sí".

"Entremos en la oficina", dije yo, "vamos a orar".

Después me di cuenta que este hombre había oído a mi amigo mencionar que acostumbrábamos reunirnos los sábados para orar, pero había llegado sin ser invitado. Poco después llegó mi amigo y aunque se sintió un tanto molesto por lo que había ocurrido, comenzó a esperar al Señor. Como ninguno de nosotros decía nada, nuestro visitante creyó que estábamos esperando que él orara.

Cuando comenzó, le predicó al Señor por cuarenta minutos. Me sentí incómodo porque había venido para disfrutar de la presencia del Señor, y él le estaba contando a Dios todo lo que sabía de la Biblia, del Espíritu Santo y otras cosas más.

Un cambio de ambiente

Después de un rato, terminó, pero nosotros todavía no orábamos; quién sabe lo que estaría pensando. Poco a poco comenzamos a sentir la presencia de Dios. De repente hubo un cambio de ambiente.

Nuestro visitante cayó sobre su rostro y comenzó a orar otra vez. Pero esta vez su oración era totalmente diferente. Comenzó a confesar

sus pecados y no en términos generales, como "Señor todos somos pecadores". El comenzó a decir nombres y números y fechas. Me sentía con vergüenza, pero de ninguna manera iba a interrumpir lo que Dios estaba haciendo. Cuando nuestro visitante terminó, era un hombre totalmente diferente. Había reconocido la presencia de Dios.

Cuando estamos en su presencia debemos actuar diferente. Muchos cristianos no saben qué hacer en la presencia de Dios y actúan mal. En su presencia nos damos cuenta que la oración no es un ritual, una liturgia, ni una fórmula. La presencia de Dios es su Persona; Dios Todopoderoso invadiendo nuestro ambiente y revelándose a sí mismo. Dé lo único que somos responsables es de decir: "Bienvenido, Espíritu de Dios".

El destino divino

El tercer aspecto de nuestro lugar en la oración es el *descubrir el destino divino para nuestras vidas*. Todos debemos de orar con el conocimiento de que estamos donde Dios nos ha puesto. Cuando un hombre está donde Dios lo ha puesto, se puede enfrentar a cualquier cosa. No hay nada más poderoso que una persona con la autoridad del llamamiento de Dios.

Me gusta la analogía del perro callejero. Si le grita se correrá de Ud. Si lo amenaza con un palo, meterá la cola entre las patas y huirá lloriqueando. Pero si lo sigue hasta su propio patio, es otro perro. Se volverá para enfrentarlo, su pelo se erizará y mostrará sus dientes como un pura sangre. Tiene autoridad porque está en su propio patio.

Cualquiera puede perseguir a un cristiano por todo el mundo, pero cuando llega *al lugar donde Dios lo ha puesto*, no hay nada que lo derrote.

Muchos son los que están corriendo todavía. Necesitan descubrir su ubicación. Necesitan saber su llamado de Dios. La oración que se hace con un sentido del destino divino y de la ubicación de Dios es infinitamente más poderosa que la que se hace desde la incertidumbre. Cuando Dios nos da un sentido de seguridad, Satanás no puede oponérsenos porque nuestra posición está en Cristo.

Luchando con Dios

El paso cuarto y final para encontrar nuestro lugar en la oración es que tenemos que *aferrarnos de Dios hasta que la victoria se gane en los cielos*.

El capítulo 32 de Génesis narra la historia de Jacob cuando luchó con el ángel. Era de noche y a la mañana siguiente habría de enfrentarse a su hermano Esaú, a quien había engañado y le había quitado su herencia hacía muchos años. Jacob estaba seguro que Esaú lo mataría. Fue cuando

Dios se le apareció, en medio de su temor, en la forma de un hombre. El desesperado Jacob se aferró a Dios y luchó con él hasta el amanecer.

Y cuando el varón vio que no podía con él, tocó en el sitio del encaje de su muslo, y se descoyuntó el muslo de Jacob mientras con él luchaba. Y dijo: Déjame, porque raya el alba. Y Jacob le respondió: "No te dejaré, si no me bendices".

Y el varón le dijo: "¿Cuál es tu nombre?" Y él respondió: "Jacob".

Y el varón le dijo: "No se dirá más tu nombre Jacob, sino Israel; porque has luchado con Dios y con los hombres, y has vencido".

El nombre *Jacob* significa "el que toma por el calcañar". Cuando Dios le preguntó su nombre, Jacob dijo: "Yo soy el que toma por el talón. Cuando nací, salí sujetando el talón de Esaú y he seguido haciendo lo mismo".

Pero Dios le dijo: "Ya no te llamarás 'el que toma por el calcañar'. Tu nombre será *Israel*, que significa 'Príncipe', porque has luchado con los hombres y con Dios y has vencido". Entonces Dios tocó su cadera y Jacob cojeaba hasta el día de su muerte.

El hombre que vence en los cielos camina esta tierra como vencido. Ha aprendido que las victorias que se ganan en la Tierra son el resultado de las victorias obtenidas en los cielos. Su caminar pomposo y arrogante da lugar a una cojera.

Todo israelita verdadero es un Jacob convertido en Israel. El reino de Dios no será establecido por una élite arrogante, sino por pecadores perdonados.

Y ¿qué del lugar de Dios en la oración? Dios ha sabido siempre cuidar su lugar. El problema nunca ha sido un Padre que no ama, o un Mediador inefectivo, o un Espíritu Santo limitado. El problema ha sido que no hemos encontrado nuestro lugar en la presencia de Dios. Nuestro lugar es la realidad sobre nosotros mismos; donde somos sensibles a su presencia; donde podemos descubrir lo que él quiere que hagamos; donde podemos pararnos con seguridad; y donde podemos conquistar en los cielos para que él sea manifestado en la Tierra.

Charles V. Simpson recibió su educación en la Universidad de William Carey en Hattiesburg, Mississippi y en el Seminario Teológico Bautista de Nueva Orleans, Louisiana. Además de sus responsabilidades pastorales y ministerio internacional, es presidente de la Junta Editorial de New Wine. El, su esposa Carolyn y tres hijos viven en Mobile, Alabama.



LA ORACION POR OTROS

Por Norman Grubb

La mayoría de los creyentes considera que la intercesión es sólo una forma de oración muy intensa y ardiente. Es cierto, pero hay, además, tres cualidades que se desarrollan en un intercesor, que no se desarrollan necesariamente en quien ejercita la oración corriente: la identificación, la agonía y la autoridad.

La identificación del intercesor con la persona por la cual intercede, se vio claramente en el Salvador.

De Jesús se ha dicho que “derramó su alma hasta la muerte” y “que llevó los peca-

dos de muchos e intercedió por sus transgresores” (Heb. 9:28, 7:25).

Como intercesor divino, intercediendo por un mundo perdido, Jesús bebió hasta la última gota, la copa, por nuestra condición perdida.

“El gustó la muerte por todos” (Heb. 2:9). Para lograrlo en su más profundo sentido, se hizo como nosotros. Tomó nuestra naturaleza sobre El; fue tentado en todo como nosotros; se hizo pobre por el bien nuestro; y, finalmente, se hizo pecado por nosotros. De esa manera ganó la posición desde la cual, mediante

ruegos efectivos delante del Padre, "es capaz de salvar perpetuamente a los que vienen a Dios por medio de él" (Heb. 7:25).

La identificación es, entonces, la primera ley del intercesor, el cual se interpone efectivamente porque, en cierto sentido, da su vida por quienes intercede. Es su representante genuino. Ha sumergido su interés personal dentro de las necesidades y sufrimientos del otro, y, dentro de lo posible, ha tomado su lugar.

Segundo, es por medio del Espíritu Santo que vemos la agonía de este ministerio. "El Espíritu mismo intercede por nosotros con gemidos indecibles" (Rom. 8:26). Este intercesor que está con nosotros en la tierra, no tiene corazón sobre el cual poner las cargas, ni cuerpo a través del cual pueda sufrir y trabajar, excepto el corazón y el cuerpo de los que componen su morada.

Por medio de ellos hace su obra de intercesión en la Tierra y ellos mismos llegan a ser intercesores en razón del Intercesor que mora en ellos. El los llama a una verdadera vida intercesora; al mismo tipo de vida, aunque en medida inferior, que vivía el Salvador.

Antes de que el Espíritu Santo pueda guiar a alguno a una vida de intercesión, primero tiene que tratar con esa persona en cuanto a su amor al dinero, su ambición personal, sus apetitos carnales y su amor por la vida en sí. Todo lo que hace que un creyente viva para su propio placer y ventaja, para el bien de su propio progreso, aún para el bien de su propio círculo de amigos, tiene que ser clavado en la cruz.

Esta no es una muerte teórica, sino una crucifixión real en Cristo, como sólo el Espíritu Santo mismo puede hacerla real en la experiencia de sus siervos. Entonces el testimonio de Pablo llega a ser nuestro: "He sido y sigo siendo crucificado con Cristo". El "yo" se ha liberado de sí mismo para llegar a ser agente del Espíritu Santo. En tanto la crucifixión progresa, la intercesión empieza.

Mediante llamadas a la obediencia en lo natural, el Espíritu empieza a vivir su propia vida de amor y sacrificio, en favor de un mundo perdido, por medio de un vaso que ha sido limpiado. Vemos esto en Moisés, el joven intercesor, que dejó el palacio por su propia voluntad y se identificó con sus hermanos esclavizados. Más tarde lo vemos alcanzar la cumbre misma de la intercesión cuando, por su idolatría, la ira de Dios se desató contra los israelitas y su destrucción era inminente. En ese momento, no es su cuerpo el que ofrece

Moisés por ellos, como intercesor, sino su alma inmortal. "... que perdones ahora su pecado, y si no, ráeme ahora de tu libro que has escrito" (Ex. 32:32).

El apóstol Pablo ofreció su cuerpo por medio del Espíritu Santo como un sacrificio vivo, para que los gentiles tuviesen el evangelio. En él vemos a un intercesor en acción: cuando el Espíritu Santo vive verdaderamente su vida en un vaso escogido, no hay límite en los extremos a donde puede llevarlo, en su pasión por amonestar y salvar al pecador.

***Todo instrumento
que Dios ha usado
grandemente,
ha sido,
en su medida,
un intercesor.***

Wesley intercedió por la apostasía inglesa; Booth y su Ejército de Salvación, por los acabados; Hudson y Taylor, por la China.

Si el intercesor conoce la identificación y la agonía, también conoce la autoridad. Está tan identificado con el que sufre, que tiene un lugar privilegiado delante de Dios; una posición de autoridad. Dios se mueve en su favor; puede lograr que Dios cambie de parecer. Moisés, por su intercesión, llegó a ser el salvador de los israelitas e impidió su destrucción.

El acto supremo de intercesión de Pablo, en favor del pueblo escogido por Dios, dio como resultado la gran revelación que recibió de un tiempo de evangelización mundial y de la salvación final de Israel (Rom. 10 y 11).

Este tipo de autoridad se define como "la posición ganada mediante la intercesión". Cuando hay obediencia para orar, los gemidos indecibles y las luchas internas llegan a su clímax y entonces viene la palabra del Señor.

Mientras ora, el instrumento débil es revestido de autoridad por el Espíritu Santo y puede hablar palabra de liberación. "Obras mayores" son hechas.

No sólo eso sucede; además, uno gana y mantiene una nueva posición en la gracia. Cuando un intercesor llega a ese lugar de intercesión (o autoridad), ha penetrado dentro de "la gracia de la fe". En ese preciso momento se abre para él la gracia de Dios, tan inmensurable como el mar.

*Reproducido con permiso de la revista
Charisma de enero de 1985*

Calidad y consistencia en la comunicación con Dios

LA ORACION EXCELENTE

Por Des Evans

Durante los últimos veinte años, Dios me ha estado enseñando ciertos patrones bíblicos muy saludables para la oración. He visto, con creciente claridad, que el Señor desea consistencia y calidad en la vida de oración de los cristianos. Un incidente que acaba de ocurrir en nuestro hogar hizo salir a la luz este principio. En el cielo raso del pasillo tenemos un cordón colgando de la compuerta que va al desván. Cuando camino por el pasillo, puedo tocar el cordón con mi cabeza, pero mi hijo menor tiene que tomar impulso y saltar para alcanzarlo. A veces tiene éxito y a veces no. Un día, saltando, logró tocarlo tres veces seguidas y me volvió a ver diciéndome: “¡Lo puedo hacer igual que tú, papá! Puedo tocarlo cada vez que lo intento”.

No quise desilusionarlo, pero le dije: “Hijo, hay una gran diferencia entre tocarlo con la cabeza cuando pasas por debajo y tocarlo solo porque saltaste.”

Lo mismo sucede con la oración. La calidad de mi vida de oración no se mide por las veces que yo, por la fe, salto más arriba de lo usual; aunque sí estoy agradecido por las ocasiones en que logro tocar algo más allá de mí. Mi vida de oración debe ser

evaluada de acuerdo con mi disposición cotidiana; si estoy o no, por su gracia, tocando a Dios en forma consistente.

El Nuevo Testamento menciona varios niveles en la oración. Quiero compartir siete categorías que significan mucho en nuestro andar con el Señor.

La oración común

Al primer nivel lo llamo la oración común, particularmente porque soy de las Islas Británicas, donde tenemos, en nuestra iglesia estatal, un sistema de liturgia que se llama la oración común. Citar las oraciones de los santos es hermoso y bíblico. Cuando el pueblo de Israel se reunía para dar gracias al Señor, recordaba su fidelidad citando salmos y otros pasajes tradicionales. Pedro y Juan iban al templo a la hora de la oración común. Los discípulos pidieron a Jesús que les diera una oración común y él les dio lo que nosotros llamamos el Padre Nuestro.

Los padres devotos todavía enseñan a sus hijos a orar. Los enseñamos a dar gracias antes de las comidas y a hacer una oración devocional antes de acostarse. No hay nada malo en eso. La tragedia es que para mucha gente este es su único modo de orar. Es

necesario que la Iglesia entre en otros niveles de oración, además de la oración común.

La oración conversativa

Llamo al segundo nivel de oración, conversativo. Tiene que ver con la palabra griega que significa “rogar.” Juan 4:31 dice: “...los discípulos le rogaban, diciendo: ¡Rabí, come!” El Señor mismo usó la oración conversativa, en Juan 14:16, cuando les dijo: “...yo rogaré al Padre, y os dará otro Consolador...”

La oración conversativa es simplemente dialogar con Dios, con naturalidad en las palabras y en el tono. El Señor no se impresiona con la “vibración religiosa” de nuestra voz. El nos invita a venir ante él como niños a su padre. Cuando mi hijo habla conmigo, no cambia su voz y dice algo así como: “¡Oh, poderoso papá!” El usa su lenguaje cotidiano. En nuestra vida de oración, es importante hablar con Dios como con un amigo, compartiendo con él nuestros temores, nuestras esperanzas y nuestras frustraciones.

La oración comunicante

La tercera clase de oración se representa por la palabra griega usualmente traducida como “de-

***En nuestra vida de oración,
es importante hablar con Dios
como con un amigo,
compartiendo con él
nuestros temores,
nuestras esperanzas
y nuestras frustraciones.***

seo" o "querer". El ejemplo clásico se encuentra en III de Juan 2, donde el apóstol escribe a Gayo, su hermano amado en el Señor: "Yo deseo que tú seas prosperado en todas las cosas, y que tengas salud, así como prospera tu alma." Debemos recordar que aquí Juan no está haciendo una promesa; simplemente está mostrando su interés hacia su hermano querido. Literalmente, lo que Juan está diciendo es: "Te deseo bien, amado hermano."

Cuando un padre dice a su hijo: "Que pases un buen día", no está garantizando que todo irá bien, porque sólo Dios tiene esa prerrogativa. Está expresando su deseo de esta manera: "Mis oraciones están contigo hoy, para que te vaya bien." Este tipo de oración es una expresión viviente del amor cristiano.

La oración compulsiva

El cuarto modo de oración es la compulsiva. Literalmente, es el derramamiento ferviente de nuestros deseos. Es casi siempre mucho más intenso que el nivel anterior. En Marcos capítulo 9, Jesús subió al monte con tres de sus discípulos. El ascenso debió ser bastante difícil, porque cuando llegaron a la cumbre, los discípulos se durmieron. Sin embargo, Jesús empezó a orar, a pesar de su agotamiento: una indicación de la prioridad que él daba a la oración. Después, en Getsemaní, cuando Jesús oraba, ellos se dur-

mieron otra vez. ¿Qué tipo de oración esperaba el Señor de ellos, en estas ocasiones?

El Señor no esperaba que recitaran algún lindo poema. Tampoco que se enfrascaran en una conversación o que le desearan bien. Cuando el Señor despertó a Pedro, a Jacobo y a Juan de su sueño y les preguntó: "¿No habéis podido velar conmigo?" Realmente les preguntaba: "¿No pudieron 'derramarse' por mí por lo menos durante una hora?" El quería que de lo profundo de su interior algo se elevara en favor suyo. Pero ellos nunca aprovecharon la oportunidad.

Esa es la clase de oración que Jesús espera de sus seguidores. Sin embargo, es una denuncia trágica contra la Iglesia: que a menudo hemos dormido cuando la seriedad de la situación demandaba que estuviésemos alertas en oración.

La oración creativa

La oración compulsiva eventualmente nos conduce a la quinta forma, la oración creativa. Jesús fue transformado y transfigurado cuando oraba en el monte. Así será con nosotros cuando entremos plenamente en la oración. En nuestro interior algo sucede para su gloria. La oración creativa es el proceso de dar a luz, que Pablo describe en Romanos 8:26: "el Espíritu mismo intercede por nosotros con gemidos indecibles." Doy gracias por

todas las otras formas de oración, pero tiene que llegar el momento dentro de nosotros cuando ocurra una liberación dinámica del Espíritu, un fluir de un lenguaje nuevo en la oración, que tenga la energía para producir obras creativas a través de nosotros y más allá de nuestro entendimiento.

Pablo dijo: "Oraré con el espíritu" (1 Cor. 14:15). Encarando circunstancias adversas como lo hizo, seguramente no siempre sintió ganas de orar. Pero oró, porque era necesario; porque la oración tenía el poder de cambiarlo a él, aunque el Señor no cambiara sus circunstancias. Estamos ante un mundo que desesperadamente necesita cambiar. Por eso es preciso orar. Si hubo un tiempo en que la Iglesia debió estar orando creativamente, ese tiempo es hoy.

La oración correctiva

La oración correctiva, la sexta forma, es a la que generalmente llamamos *intercesión*. Intercesión significa "intervenir", "mediar por otro," como un subordinado ante su superior; como cuando uno se presenta ante el rey.

La palabra hebrea traducida por *intercesión*, tiene varios matices en su significado. Uno de los más pertinentes es el que se aplica para establecer un lindero. Esta palabra se usa seis veces en Josué capítulo 19. En el verso 11, por ejemplo, dice: "su límite sube hacia el occidente a Marala y llega hasta Dabeset, y de allí hasta el arroyo que está delante de Jocneam." La intercesión se relaciona directamente con "límites" o "demarcaciones".

En los últimos años hemos visto al mundo invadir el territorio de Dios, y lo hemos aceptado como cosas de la vida. Pero debemos reconocer que tenemos el privilegio, el derecho, la responsabilidad de fortalecer y extender los límites del reino de Dios. Como Sansón, podemos echar nuestro peso sobre las dos

columnas y decir: "Señor, una vez más, déjame extender estos límites. Déjame sacudir estas columnas, y si eso significa que la casa me caiga encima, que así sea para tu gloria." (Vea Jueces 16:28-30).

Ya es hora de que la Iglesia se levante y diga: "¡Basta ya! Has ido demasiado lejos, Satanás. Con la ayuda del Señor vamos a invertir tu progreso en el mundo." Hay una claridad en el horizonte, una esperanza que empieza a amanecer, porque la Iglesia se da cuenta de que *la oración sí cambia las cosas*. Nuestro Señor desea que su Iglesia sea la cabeza y no la cola; que produzca algunas respuestas creativas para los problemas de nuestro sistema mundial. Estoy convencido de que uno de los medios más grandes para producir esa respuesta es la intercesión.

La oración suplicante

Otra palabra que describe la oración se nos presenta como la séptima forma: la súplica. Hebreos 5:7 describe la oración del Señor Jesucristo en el huerto así: "ofreciendo ruegos y súplicas con gran clamor y lágrimas." Necesitamos entender, sin embargo, que, en su súplica, el Señor no estaba buscando una manera de escapar. No buscaba una salida. Más bien buscaba la entrada. En el momento preciso que encaraba el prospecto de la cruz con toda su crueldad, amargura y vergüenza, pudo ver también los propósitos eternos del Dios Todopoderoso. Miró hacia atrás en la eternidad pasada, sabiendo que él era el Cordero de Dios inmolado desde antes de la fundación del mundo, y oró así: "Si no hay otra alternativa, entonces tu voluntad sea hecha." (Mat. 26:39).

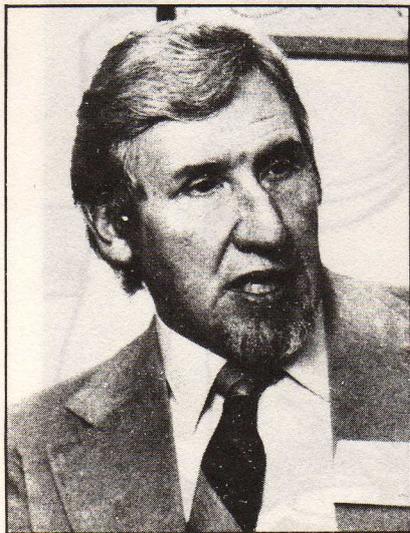
La súplica implica mirar más allá de lo que se ve con la vista natural. En la carta a la iglesia de Filipos es evidente que Pablo había estado suplicando por ellos

(Fil. 1:4). Como resultado, pudo ver el propósito divino para ellos, porque dice triunfalmente: "Estando persuadido de esto, que el que comenzó en vosotros la buena obra, la perfeccionará hasta el día de Jesucristo" (Fil. 1:6). Más allá del "ahora" de las limitaciones humanas, Pablo estaba viendo la situación desde una perspectiva divina

Sería fácil que la Iglesia se conformara con lo mediocre, que aceptara lo ordinario, que fuera como algunas de las tribus de Israel que tenían tierra al oriente del Jordán y estaban satisfechas, aunque no estaban todavía dentro de la tierra prometida. Pero hay algo grande reservado para la Iglesia, mucho más grande de lo que jamás nos hayamos imaginado en los momentos más gloriosos de nuestra inspiración.

La oración es uno de los medios para liberar la alternativa divina. No nos atrevamos a aceptar algo inferior. El enemigo nos ha retado; ha tirado su guante al suelo. Se ha infiltrado en nuestro territorio, ha saboteado la dignidad de la vida y ha sitiado nuestra tierra.

La iglesia tiene que abundar en súplicas hoy, viendo más allá de lo normal, más allá de sus deseos, más allá de sus frustraciones y temores, hasta que capte los propósitos que Dios tiene



en mente y responda que "su voluntad sea hecha, no la nuestra."

La oración trae la victoria

Hace dos años, el Señor me retó a diezmar mi tiempo para orar. Mi mente carnal respondió: "Debes estar bromenado, Señor. ¿Quieres que aparte dos horas diarias para orar?" Pero enseguida sentí que el Espíritu me preguntaba cuánto tiempo estaba dedicando para mi propio placer. Esta inquietud me vino en momento muy oportuno, pues acababa de terminar un juego de 36 hoyos de golf. El Señor me había acorralado perfectamente para que aceptara el reto de diezmar mi tiempo de oración. Consecuentemente he llegado a entender el poder de la oración y también que el tiempo pasado en oración no es tiempo perdido. De la misma manera que el Señor fue transformado y transfigurado mientras oraba, así también el Señor nos cambiará y nos transformará, al relacionarnos con él en la oración.

La victoria que Dios ha prometido viene cuando hacemos algo más que saltar ocasionalmente para "tocar el cordón" de su poder con nuestra mano extendida. La oración excelente se da cuando tocamos el corazón de Dios con calidad y consistencia, mientras clamamos a Dios desde el fondo de nuestro corazón, "Señor, enséñanos a orar."

La oración excelente se da cuando tocamos el corazón de Dios con calidad y consistencia

Des Evans es pastor de la Iglesia Betesda en Fort Worth, Texas. Nació en Galesy. Ha sido pastor por más de 30 años en Europa, Australia y los Estados Unidos. Es casado y tiene dos hijos.

cómo hablar con alguien que amas

Por Rousas J. Rushdoony



A lo largo de los años he leído muchos libros y artículos sobre la oración. Aunque ofrecen algunos buenos puntos, básicamente no me han satisfecho, por no decir que he sentido cierta hostilidad hacia la literatura que "enseña cómo orar".

Estas obras comienzan con un error fundamental: que tenemos que aprender a orar a Dios. Encuentro esto muy extraño. Nunca nadie me enseñó la manera de hablarle a mi esposa. ¡Cuando me enamoré de ella sentí enormes deseos de hablarle! Después de todos estos años de estar casados, cuando estoy fuera del hogar, la llamo todas las noches y nos cuesta terminar la conversación. Cuando estoy en casa, hablamos todo el día; compartimos nuestras experiencias, nuestras reacciones, ideas y sentimientos. ¡Hablar con mi esposa es tan natural como respirar! Así como no necesité que se me instruyera para respirar cuando nací, tampoco necesito instrucciones para hablar con mi esposa. La amo y hablar con ella es un aspecto de la expresión de nuestro amor. Cuando, por la gracia de Dios, nacemos de nuevo, hablar con él es un aspecto de nuestra vida, como respirar.

La literatura que enseña cómo

mo orar, tiene, no obstante, cierto valor. Se concentra en la oración formal. Nos dice la manera de orar en nuestras devociones o en público, alabando a Dios, dándole gracias, recordando las necesidades de todo su pueblo, los sufrimientos de los necesitados y más. Estas oraciones tienen que ver también con la confesión de pecados, con nuestro compromiso y entrega a él, y con nuestras esperanzas, temores y necesidades, etc. En la mesa, en nuestras devociones privadas y en nuestras oraciones en público, estos manuales sobre la oración, con sus instrucciones, tienen una función útil y necesaria. Impiden que nuestras oraciones se centren en nosotros mismos y nos impulsan a poner nuestros pensamientos en el reino de Dios y en su gloria.

Conversar con Dios

Pero mi interés es la oración básica, nuestra conversación con Dios; es decir, nuestras oraciones de una sola frase, durante el día, por medio de las cuales, silenciosamente pero de continuo, nos comunicamos con Dios. Le agradecemos el descanso de la noche y las alegrías del día. Cuando enfrentamos situaciones difíciles, oramos: "Señor, dame paciencia para tratar con este problema". Luego, más tarde, le agradecemos por su dirección y por su cuidado. Si hay una persona difícil de tratar con la que tenemos que hablar, le pedimos: "Señor, no sé qué decir; tampoco quiero perder los estribos y hacerle daño a tu reino. Dame gracia para hablar con este hombre". Cuando tenemos temor de algo, se lo decimos a él y le pedimos valor para enfrentar el problema o la herida.

Pero esto es sólo el comienzo. Yo no hablo con mi esposa sólo de cosas serias e importantes. Le hablo simplemente por la alegría que me produce la comunión con ella. Hablamos de nuestro amor una docena de veces, y

*Si caminamos
y hablamos con Dios,
cada momento
de cada día,
no podremos evitar
acercarnos más a él.*

más, durante el día. Me agrada oír su voz y a ella la mía. El Cantar de los Cantares habla de esto muchas veces, refiriéndose con alegría a "la voz de mi amado".

Igualmente, cuando nos deleitamos en el Señor, le hablamos todo el día. ¿Es un día hermoso? "Señor, ¡qué gloriosa es tu creación!" Cuando voy de pesca, el primero en saber los resultados es el Señor. Por supuesto que él ya los sabe antes que yo. Pero el hablarle es la vida misma. (El año pasado, en un solo tiro enganché dos corvinas, apenas cayó el tapón al agua. Gracias, Señor, ¡qué emocionante!)

Una relación más feliz

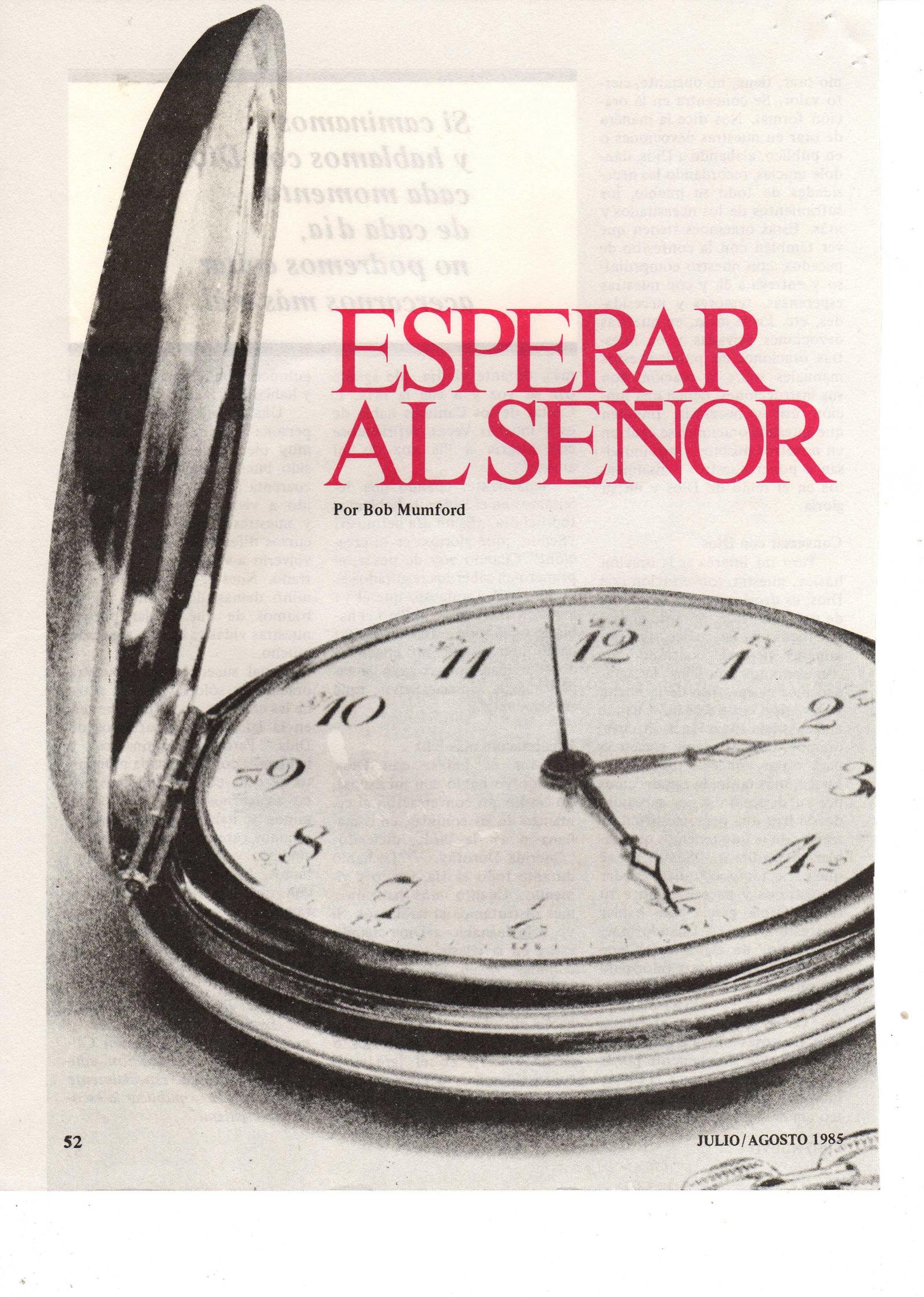
Orar es hablar con Dios. Cuando yo hablo con mi esposa, no limito mi conversación al comienzo de las comidas, en la mañana o en la tarde, diciendo: "Querida Dorothy. . ." Le hablo durante todo el día, yendo y viniendo. Cuanto más hablamos, más disfrutamos al hablarnos. Si yo sólo le hablo a Dios cuando estoy en la iglesia, o durante las comidas, o en mis devociones privadas, mi relación con él se volverá fría e incómoda. Si le hablo cuando me baño, o cuando trabajo en mi escritorio, o cuando estoy en el jardín, o cuando camino, o cuando hago lo que sea, me acerco más a él y le tengo más confianza. Tengo

entonces una relación feliz con él y hablarle es fácil.

Una vez me encontré con una persona a quien había conocido muy bien años atrás. Habíamos sido buenos amigos, pero hacía cuarenta años que nos habíamos ido a vivir a diferentes lugares y nuestras vidas habían tomado cursos diferentes. Fue un placer volverlo a ver, pero un tanto extraño. Nuestra conversación terminó demasiado pronto; no sabíamos de qué hablar porque nuestras vidas se habían apartado mucho.

Igual sucede cuando nuestra oración es sólo la formal, antes de las comidas, en las devociones, en la iglesia: nos apartamos de Dios. Pero si caminamos y hablamos con Dios, cada momento de cada día, no podemos evitar acercarnos más a él. Descansamos y hablamos más cuando estamos cerca de alguien a quien amamos y con quien nos deleitamos. De igual manera oramos con mayor facilidad y nos avivamos más cuando mantenemos una conversación continua con el Señor, hablando con él y caminando con él todo el día.

Rousas J. Rushdoony es el autor del Institute of Biblical Law y presidente de la Fundación Calcedonia, una organización educativa establecida especialmente para estimular y publicar la escolástica cristiana.



ESPERAR AL SEÑOR

Por Bob Mumford

Dios suple nuestra necesidad cuando esperamos en él

Hace algún tiempo hice un ayuno de veintiún días, bebiendo sólo agua. El propósito del ayuno era oír de Dios con respecto a su poder para hacer milagros en el ministerio. Sin embargo, el tiempo se estaba acabando y todavía no había oído a Dios. Me sentía como si la Biblia estuviera muerta y el Señor se hubiera ido para otro lugar. Además, durante la mayor parte del tiempo, estaba de tan mal humor que le hubiera arrancado la cabeza a los clavos, de un mordisco. Mi esposa me decía de vez en cuando que rompiera el ayuno y comiera. Me lo decía porque realmente no estaba manifestando mucha espiritualidad.

No podía entender por qué Dios estaba tan callado durante el ayuno. Pero al puro final, Dios me dijo una palabra. Me había costado sesenta y tres comidas, pero esa palabra cambió la dirección de mi vida. Lo único que Dios me dijo fue: "Espera".

Esta ha sido una de las palabras más importantes, que ha vitalizado un aspecto esencial en la

oración y en mi relación con el Señor. Las Escrituras nos dicen muchas veces que esperemos. Isaías 40: 31 dice:

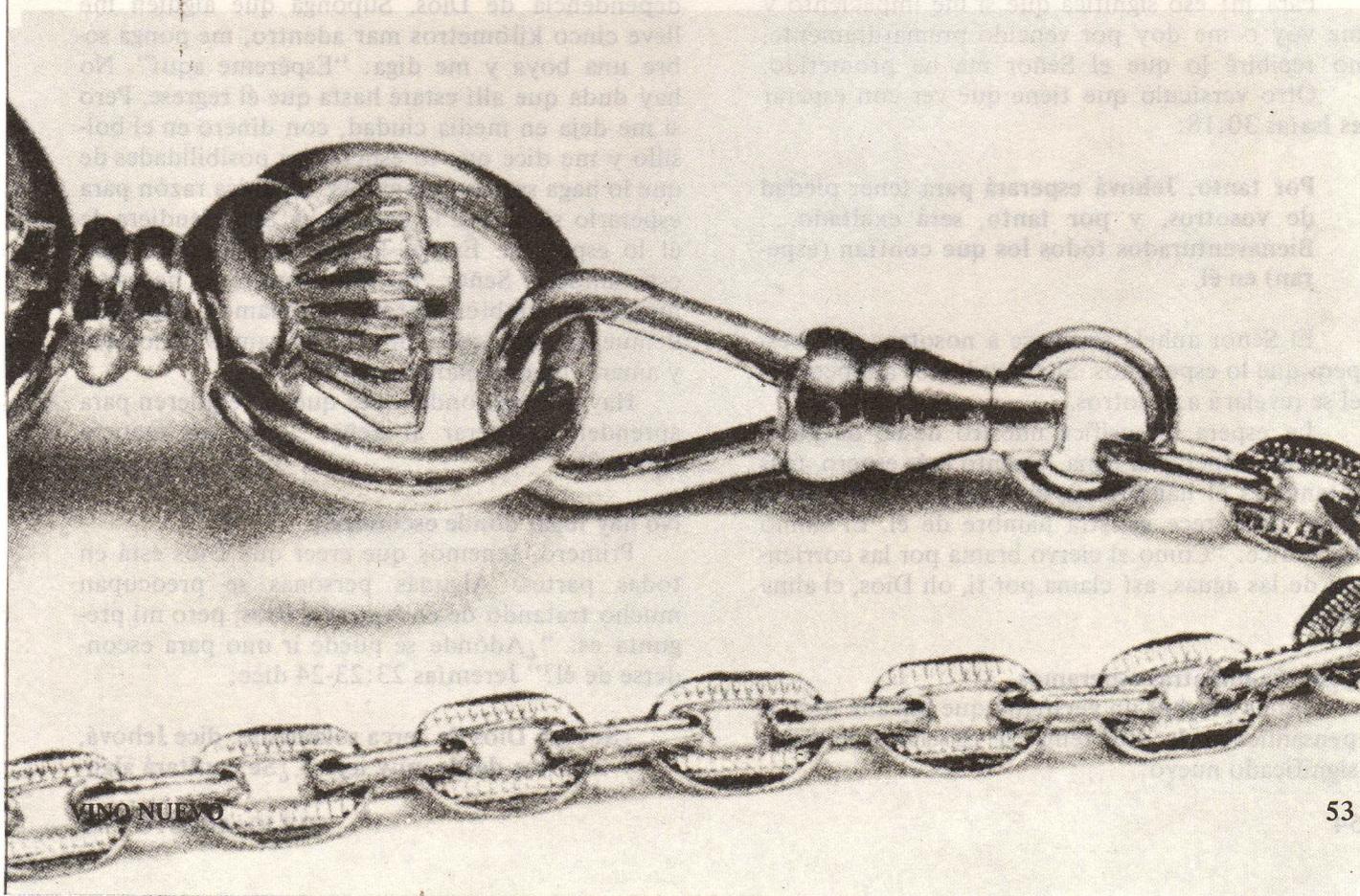
Los que esperan a Jehová tendrán nuevas fuerzas; levantarán alas como las águilas; correrán, y no se cansarán; caminarán y no se fatigarán.

En Exodo 24: 12 el Señor le dice a Moisés que suba al monte y que "espere allá". Moisés fue y esperó siete días antes que Dios dijera una sola palabra.

Su horario no es el nuestro

Un aspecto interesante de la naturaleza del Señor es que nunca llega tarde, pero rara vez llega según mi horario. Una vez tenía que pagar la cuenta del gas, que estaba treinta días atrasada. Le pedí al Señor que por favor se apurara con el dinero y su respuesta fue: "Todavía no lo han cortado".

No era precisamente la respuesta que yo



El Señor nunca llega tarde, pero rara vez llega según mi horario.



Ni nunca oyeron, ni oídos percibieron, ni ojo ha visto a Dios fuera de ti, que hiciese por el que en él espera.

esperaba. Realmente no tenía ningún deseo de esperar más tiempo para recibir su provisión. Pero si nos vamos a relacionar con Dios, tenemos que darnos cuenta, ante todo, que él es Dios. No lo podemos apresurar, porque eso equivaldría a encontrarle falta. Proverbios 8: 34-35 dice:

Bienaventurado el hombre que me escucha, velando a mis puertas cada día, aguardando a los postes de mis puertas. Porque el que me halle, hallará la vida, y alcanzará el favor de Jehová (el énfasis es mío).

Para mí eso significa que si me impaciento y me voy o me doy por vencido prematuramente, no recibiré lo que el Señor me ha prometido.

Otro versículo que tiene que ver con esperar es Isaías 30:18:

Por tanto, Jehová esperará para tener piedad de vosotros, y por tanto, será exaltado. . . Bienaventurados todos los que confían (esperan) en él.

El Señor anhela revelarse a nosotros, pero espera que lo esperemos. Si aprendemos a esperar, él se revelará a nosotros.

La espera intensifica nuestro deseo de Dios. Es como esperar la cena. Cuanto más espero, más intensa es el hambre. Si aprendemos a esperar a Dios, más crece nuestra hambre de él. El Salmo 42:1 dice: "Como el ciervo brama por las corrientes de las aguas, así clama por ti, oh Dios, el alma mía".

El actúa mientras esperamos

Isaías 64:4 es un versículo que hilvana todo el pensamiento de este tema de esperar y le da un significado nuevo:

El Señor está *activo* mientras nosotros *esperamos*. Lamentablemente lo opuesto sucede con nosotros. La actividad no es equivalente a la espiritualidad. Hay iglesias que demandan que uno esté en excelentes condiciones físicas para ser miembro, porque tienen demasiadas actividades. Pero el Señor actúa en favor de los que lo esperan. Por eso necesitamos aprender a esperar a Dios.

Nuestra capacidad de esperar expresa nuestra dependencia de Dios. Suponga que alguien me lleve cinco kilómetros mar adentro, me ponga sobre una boya y me diga: "Espéreme aquí". No hay duda que allí estaré hasta que él regrese. Pero si me deja en media ciudad, con dinero en el bolsillo y me dice que lo espere, las posibilidades de que lo haga son muy remotas. La única razón para esperarlo sería que lo necesitara. Si dependiera de él lo esperaría. Eso es lo que Dios quiere. Pero esperamos al Señor, no sólo porque lo necesitamos, sino también porque lo amamos. Esperarlo demuestra que sinceramente deseamos conocerlo y amarlo de una manera especial.

Hay ciertas condiciones que se requieren para aprender a esperar al Señor y de esa manera agradarlo.

No hay lugar dónde esconderse

Primero, tenemos que creer que Dios está en todas partes. Algunas personas se preocupan mucho tratando de encontrar a Dios, pero mi pregunta es: "¿Adónde se puede ir uno para esconderse de él?" Jeremías 23:23-24 dice:

¿Soy yo Dios de cerca solamente, dice Jehová, y no Dios desde muy lejos? ¿Se ocultará algu-

no, dice Jehová, en escondrijos que yo no lo vea? ¿No lleno yo, dice Jehová, el cielo y la tierra?

Una vez, a media noche, recibí una llamada de un hombre: "Estoy en una situación desesperada. ¿Puede venir a ayudarme?"

A través del teléfono oía la estridencia de una música mundana, pero le respondí que iría. Me levanté y seguí sus direcciones hasta llegar al bar donde estaba él. Era realmente un lugar indecente, pero entré y me senté a la par suya.

"¿No tiene miedo de entrar aquí?", me preguntó él.

"No", dije yo, "no tengo miedo de estar aquí".

"¿Vendría Dios a un lugar como éste?", me volvió a preguntar.

"Ya está aquí", dije yo. Apenas dije eso, el Espíritu Santo vino sobre los dos.

"¿Está aquí! ¿Está aquí!", decía el hombre, sintiendo el poder de Dios aún en ese lugar.

Allí, en ese bar inmundo, sentimos la presencia manifiesta de Dios; el Señor estaba allí mismo con nosotros. La omnipresencia de Dios no es sólo una verdad que se conoce intelectualmente; también podemos sentir su presencia de una manera tangible e indiscutible. No hay lugar donde esconderse de Dios.

Tener expectativa

La segunda cosa que se requiere es tener expectativas en el Señor. Ern Baxter da la siguiente ilustración de lo que es esto. Dice que en una confitería que él conocía, vendían, por un centavo, todo lo que se podía sacar de un recipiente con una mano. Un día, un muchachito se acercó y se quedó parado frente a los confites. El hombre detrás del mostrador le preguntó: "Bien, ¿de cuál quieres?" El muchacho siguió mudo esperando. El hombre impaciente le dijo: "Bueno, hijo, decídeté".

Finalmente el muchachito le dijo: "No sé por cuál decidirme". Entonces el hombre metió su enorme mano en uno de los recipientes y le entregó los confites al muchacho, quien tuvo que usar ambas manos para llevarse lo que había obtenido por un centavo. No era nada tonto; supo esperar hasta que el hombre actuara. Así sucede entre nosotros y Dios. Nosotros esperamos y él actúa.

Dispuestos para Dios

Tercero, esperar requiere una disposición hacia Dios. A veces podemos discernir la actitud que tienen ciertas personas. Algunas tienen el alma dispuesta para las cosas mundanas, mientras hay otras que están dispuestas para Dios.

Hace unos años hubo un grupo de cristianos que usaban una frase peculiar cuando se saludaban: "¿Estás orando?" Era su manera de preguntar si su alma estaba dispuesta para Dios.

La película "Carros de fuego" me tocó grandemente. Mi esposa sabía que me estaba afectando cuando la estábamos viendo y me decía que tuviera calma. Creía que iba a profetizar en media película. Yo respondía de aquella manera, porque cuando mi espíritu está dispuesto para Dios, las escenas y los sucesos inspirados me mueven hacia él. Y sé que Dios se agrada cuando tenemos nuestro corazón así.

Estos tres aspectos nos ayudan a responder apropiadamente cuando esperamos a Dios. A veces, cuando despierto durante la noche, me voy a mi estudio y espero a Dios. La mayoría de las veces no tengo nada específico por qué orar. No oro de nada en particular porque estoy esperando. A veces abro la Biblia porque mi mente tiende a divagar y una lectura corta la vuelve a dirigir hacia el Señor.

Cuando estoy en su presencia digo: "Señor, soy yo. Sé que tú sabes que estoy aquí". ¿Qué estoy haciendo? Estoy presentándome delante de Dios, esperando que él se revele. Busco la manifestación de su presencia.

Muchas veces lo siento acercarse y sé que está actuando mientras yo espero. Muchas de las cosas que enseño, las recibo del Señor durante este tiempo de espera.

El arte de esperar

Para esperar a Dios no se necesita estar sentado o de pie. Mientras camino o voy en mi auto, mi espíritu espera y es refrescado por Dios. Es un arte que se puede aprender. Si determinamos hacerlo, con cierto esfuerzo llegaremos a disponer el alma hacia Dios y disfrutar de la presencia suya.

Una palabra de estímulo. Saque tiempo para estar a solas y aprender. Enfoque su espíritu hacia el Señor y dígame: "Señor, quiero aprender a esperararte. Espíritu Santo, ayúdame a sentir la presencia del Padre". Entonces sepa que él está allí con Ud. Su fuerza será renovada, y mientras espera, el Señor actuará, cumpliendo su propósito en Ud. y a través suyo.

Bob Mumford es graduado del Seminario Episcopal Reformado de Filadelfia, E.U.A. Ha servido como decano del Instituto Bíblico Elim y como pastor, evangelista y conferenciante. Bob ha escrito también libros sobre diversos aspectos de la vida cristiana. Es miembro de la Junta Editorial de New Wine y vive con su esposa y familia en Mobile, Alabama, E.U.A.



LA ANSIEDAD

Por Oscar Rinaldi

La característica de este estado tan generalizado en la actualidad es una gran preocupación por el futuro e infundados temores.

Si miramos un poco hacia atrás, encontramos sentimientos

de inferioridad ("Yo no soy como los otros") é ineptitud ("no sirvo para nada"), y sentimientos de culpa ("no es lícito pero quisiera hacerlo. ¡Qué malo soy!") y temor ("¿y si te pasa algo?") son las causas más comunes de dicho mal.

Hechos traumáticos del pa-

sado, una niñez insegura o un hogar conflictivo pueden haber generado sentimientos negativos que provocan la ansiedad observada.

Esto nos lleva a hallar la solución en Cristo el Señor, pues se necesita una sanidad interior que sólo El puede

realizarla (2 Co. 10. 4,5). El crecimiento espiritual y el fortalecimiento de las relaciones familiares son factores importantes para vencer la ansiedad.

Pero el hombre natural (no regenerado por Cristo), así como tiene tendencias instintivas e innatas (por ejemplo, autoconservación, reproducción, ser apreciado, etc.), posee mecanismos mentales de defensa contra la ansiedad. Veremos a continuación una lista de ellos, y no sería de extrañar que nos identifiquemos con algunos. Al final daremos la verdadera salida de la ansiedad que, como podremos comprobar, no son los siguientes mecanismos mentales, sino los pasos propuestos por Dios.

1. *Compensación.* La inferioridad se equipara con hiperactividad o hipersumisión. La actividad para el Señor y la sumisión en Su Pueblo son algo básico, pero llevadas a un extremo no son sino indicio de problemas en la persona.

2. *Negación.* Repudiar ciertas dificultades emocionales negando su existencia. Esto es algo que contradice a la Palabra, ya que quien "encubre sus pecados no prosperará". Pr. 28.13.

3. *Desplazamiento.* Cambiar la ansiedad por una fobia o temor ilusorio, irrazonable, inadecuado. Esto es cambiar un mal por otro y, por supuesto, no trae ninguna solución, sino que agrava el cuadro.

4. *Imaginación.* Es soñar despierto o hacer mundos imaginarios. La persona resuelve su conflicto evadiendo la realidad. ¡Qué error!

5. *Idealización.* Sobrevalorar o sobreestimar una persona, un ideal o un objeto deseando ver allí lo que ella misma no es. Esta es la fuente de muchísimas frustraciones en la vida.

6. *Proyección.* Atribuir a otros nuestros malos sentimientos

y emociones. Es el mismo sistema del cine: la película está en el proyector, pero la vemos en la pantalla. Aquí es donde encontramos el porqué de muchas conductas agresivas, malas relaciones entre hermanos, y emisión de juicios aplastantes.

7. *Racionalización.* Intento consciente de explicar o justificar algo inaceptable. Esto es vivir engañado y contrariamente a lo que dice la Biblia en el pasaje ya citado.

8. *Formación de reacciones.* Expresar una excesiva preocupación o afanosidad por alguien o por algo. Es una manera de cubrir los males propios con los de otras personas o circunstancias, lo cual agrava ambos problemas.

9. *Regresión.* Proceso de retorno a un nivel de ajuste anterior y más satisfactorio. La persona queda fija en aquella etapa de su vida en que hubo un cierto equilibrio emocional y su vida se desarrolló dentro de los parámetros normales. Esto es muy grave ya que decididamente obstruye el crecimiento espiritual, emocional y social.

10. *Represión.* Olvido automático de algo disgustante o intolerable. Sabiendo que una conducta es mala, reprobada por Dios, se la olvida y vive como si no existiera, cuando en realidad el pecado existe y aumenta, ya que sin confesión no hay perdón. 1 Jn. 1. 8,9.

11. *Supresión.* Esfuerzo consciente por enterrar pensamientos o sentimientos indeseables. Esta es la faz consciente de la represión, la cual no aporta solución alguna. Pero sí nos lleva a renunciar delante del Señor a las áreas de pecado conscientes o inconscientes.

12. *Restitución.* Tratar de pagar el mal hecho pensando que así se soluciona la situación, cuando en realidad lo que se hace es ocultar la raíz del problema.

13. *Sublimación.* Ciertas formas conscientemente inaceptables de satisfacer los impulsos instintivos se encauzan por canales que son aceptables personal y socialmente. Si bien dentro del humanismo esta es la forma más saludable de canalizar la energía, sabemos que extiende y prolonga el problema.

La Biblia enseña que la preocupación y la ansiedad son pecado, un incumplimiento claro de Sus mandatos (Fil. 4: 6. Mt. 6: 25, 28).

La ansiedad se da como resultado de no descansar en el Señor, sino de dejarse abrumar por los afanes del mundo y el engaño de las riquezas (Mt. 13: 22). Pero cuando alguien sabe que hasta sus suspiros no son ocultos a los ojos y el cuidado de Dios (Sal. 38:9) y su esperanza está en El, ve la ansiedad como algo vano, inútil, infructuoso (Sal. 39: 6, 7).

¿Cuál es, entonces, el tan ansiado remedio?

1. Esperar pacientemente al Señor (Sal. 40: 1-3).

2. Echar toda ansiedad sobre El, sabiendo que El nos cuida (1 Pe. 5: 7).

3. Presentarle al Señor todo motivo de preocupación en oración y acción de gracias (Fil. 4: 6).

4. Confiar plenamente en El y actuar correctamente.

5. Deleitarse en El por fe, aunque el problema subsista.

6. Esperar con la seguridad de que El hará, pues tiene todo bajo control.

7. No alterarse ni excitarse, dejando la ira y el enojo (Sal. 37).

Seamos sabios, desechando la ansiedad y confiando y temiendo al Señor, ya que

"EL PRINCIPIO DE LA
SABIDURIA ES EL
TEMOR DEL SEÑOR"
(Pr. 1.7).

13. Sublimación. Ciertas for-
mas del alma: la película está en el
y emociones. Es el mismo siste-
ma del alma: la película está en el
crecimiento espiritual y el forta-
lecimiento (2 Co. 10. 4,5). El



Somos producto
del diseño creativo
del Dios del universo
y tenemos la oportunidad
de hablar con el diseñador.

Saber quiénes somos ante Dios nos da

CONFIANZA EN LA ORACION

Por Bruce Longstreth

La hora final se acercaba. Jesús reunió a sus discípulos para su última cena con ellos, consciente de que estaba a punto de ser traicionado por uno de sus asociados, negado por un amigo íntimo y crucificado por algunos que habían estado en la multitud que él había alimentado la semana anterior. Veamos cómo respondió el Señor ante semejante crisis. Con mucha calma tomó una toalla, se la ciñó y lavó los pies de los discípulos.

¿En qué descansaba Jesús para mantenerse en una actitud humilde y ecuánime, en este momento de presión tan tremenda? La respuesta se encuentra en dos

palabras: "Sabiedo Jesús". Las Escrituras dicen:

... sabiedo Jesús que su hora había llegado. . . que el Padre le había dado todas las cosas en las manos, y que había salido de Dios, y a Dios iba. . . (Juan 13:1,3).

Saber quiénes somos ante Dios es la clave para nuestra confianza y para tener con él una comunión valiosa en la oración. Si constantemente nos estamos viendo como seres despreciables, miserables y sin valor, entonces nuestros intentos de acercarnos a Dios, el Padre, serán tímidos e inseguros. Pero si conocemos

nuestro origen y nuestro destino en Dios, la oración para nosotros se convertirá en una oportunidad para tener comunión, en vez de ser una tarea monótona. Saber quiénes somos nos anima a responder a la invitación de orar con un sentido renovado de expectación y de confianza.

¿Quiénes somos?

Isaías nos ayudará a vernos con los ojos de Dios, en el capítulo 43, los primeros dos versículos:

Ahora, así dice Jehová, Creador tuyo, oh Jacob, y Formador tuyo, oh Israel: No temas, porque yo te redimí; te puse

nombre, mío eres tú.

Cuando pases por las aguas, yo estaré contigo; y si por los ríos, no te anegarán. Cuando pases por el fuego, no te quemarás, ni la llama arderá en ti.

Este pasaje nos da cierta idea de lo importante que somos ante Dios. Hemos sido creados, formados, redimidos, nombrados, aceptados y unidos por Dios. Por todo esto tenemos una gran oportunidad de tener comunión con él en oración. Somos producto del diseño creativo del Dios del universo y tenemos la oportunidad de hablar con el diseñador. Podemos tener mayor conocimiento de quiénes somos examinando brevemente estas seis expresiones de Isaías.

Primero, Dios nos creó a cada uno de nosotros. Dios dijo: "Sea la luz" y fue la luz. También creó a cada individuo en el cuerpo de creyentes que forman la Iglesia. Cuando me acerco a Dios, lo hago consciente de que jamás habrá, como no hay, ni hubo antes, otra persona exactamente como yo. Soy único en mis expresiones delante de mi Hacedor, y el Padre se deleita con su creación única. Por eso no intento fingir que soy otra persona. Me acerco a él tal y cual soy y él se deleita en mí.

Formados con propósito

Lo que Dios creó con su palabra, también lo formó para que cumpliera con su propósito. En Filipenses capítulo 3, Pablo habla de olvidar las cosas que están atrás para extenderse hacia adelante en cumplimiento del propósito pleno de Dios para su vida. Pero la realidad es que todo lo que quedaba atrás había colaborado para formarlo en la persona que Dios usaría en su reino.

El testimonio de cada uno de nosotros es diferente. Cada criatura de Dios ha sido formada individualmente por el Se-

Cada criatura de Dios ha sido formada individualmente por el Señor para un propósito específico.

ñor, para un propósito específico. Cuando me dirijo al Padre en oración, reconozco que él me ha creado y acepto las influencias que han dado forma a mi vida como parte de su plan para mí. Estoy consciente de que Dios se ha tomado el trabajo de encausarme en sus caminos.

Un tercer aspecto de quién soy en Dios, que aumenta el valor de mi vida de oración, es que, al descarriarme, él me compró de nuevo. La redención no es sólo un acto de Dios en favor mío, que ocurrió una vez y para siempre. La redención es la acti-

tud de Dios hacia mí durante toda mi vida.

Muchas han sido las veces que el Señor ha tenido que redimirme, como lo hizo con Jonás cuando estaba en el vientre de la ballena; porque siendo hijo suyo, quise irme por mi propio camino. De la misma manera que Israel estuvo cautiva en Babilonia y fue redimida y llevada de regreso, yo he sido comprado de nuevo y sacado de situaciones de cautiverio, que habían sido el resultado de mi propia rebelión contra su propósito para mi vida.

¡Qué privilegio más grande



tenemos al acercarnos al Padre como seres redimidos! El reconocimiento de su redención elimina cualquier presunción o arrogancia de nuestra boca, dejando sólo gratitud por sus actos redentivos y por su actitud hacia nosotros.

Nos dio su nombre

La confianza que tenemos de nuestra identidad en Dios, es afirmada aún más cuando continuamos leyendo Isaías 43: "Te puse nombre". Dios no sólo nos conoce por nombre, sino que nos da su nombre. Apocalipsis 3:12 dice: "Al que venciere. . . escribiré sobre él el nombre de mi Dios".

Israel fue el nuevo nombre que Dios le dio a Jacob después de su lucha en Peniel (vea Génesis 32:28). Anteriormente, Jacob se caracterizaba por ser un engañador y un manipulador intrigante, como quien contienda en la "carne" por intereses humanos. Su nuevo nombre significa "que lucha con Dios" y de ese día en adelante, su lucha por él y su nación sería, ya no en la carne, sino en el espíritu.

Dios nos ha puesto su nombre para que hagamos guerra en el espíritu. "No con ejército, ni con fuerza, sino con mi Espíritu, ha dicho Jehová de los ejércitos". (Zac. 4:6). Nuestro nombre es según el Espíritu y no según la carne. Es importante que lo sepamos cuando nos acercamos al Padre en oración. Si Dios nos ha dado su "nombre de familia", también tenemos la oportunidad de interesarnos en oración por los "asuntos de la familia" en el ámbito espiritual, donde no luchamos contra carne y sangre, sino contra principados espirituales (Ef. 6:11).

"Mío eres tú"

Otro aspecto importante del cual debemos ser conscientes, es que no podemos encontrar en ningún otro lugar de esta vida, otro punto de aceptación total como en el tiempo que pa-

*No podemos encontrar
en ningún otro lugar
de esta vida,
otro punto
de aceptación total
como en el tiempo
que pasamos
en oración. . .*

samos en oración, porque Dios dice en Isaías 43: "Mío eres tú".

La oración es el lugar donde soy recibido tal y como soy. Es un grato oasis que contrasta con el sistema mundano, donde la gente es clasificada en categorías de "aceptados" y "rechazados". Muchas veces, porque Dios no ha escogido a los fuertes, poderosos o sabios, nos sentimos rechazados. Pero tan pronto entramos en ese lugar de oración, oímos al Señor decir: "Eres mío". Es lamentable que, por alguna razón malévol, muchos de nosotros preferimos pasar más tiempo en un ambiente que nos rechaza continuamente que en el lugar donde Dios nos habla de su aceptación, el de la oración.

El aspecto final en nuestra comprensión de quiénes somos en la oración, es quizás el mejor de todos. En la oración encontramos la constancia del amor de pacto de Dios para nosotros. Allí nos asegura él que "no importa cuál sea nuestra situación, él está con nosotros".

El compromiso de Dios hacia nosotros se puede comparar con el del diseñador de una embarcación, quien después de crearla y construirla, pone su nombre en ella y dice: "Tengo tanta confianza en lo que he hecho, que cuando sea lanzada al mar, yo estaré a bordo".

A través de todo

Esta es la palabra final que oímos al salir de estar en su presencia cuando oramos: "Yo estaré contigo donde quiera que vayas. En las aguas, en el fuego, en la tormenta, en las pruebas, no importa lo que sea, Yo estaré contigo. Tengo confianza en lo que he hecho. Te he diseñado para este momento de la historia. Lo lograrás porque yo estaré allí contigo".

He recibido grandes bendiciones al saber mi lugar en el propósito eterno de Dios. El me formó; soy único. Me hizo para este momento en la historia. Me compró a mis tiranos cuando, a causa de mi rebelión, me desvié. El me dio el nombre de su familia y dice a mi espíritu, a menudo golpeado: "Eres mío y te amo". Y en la oración promete ir conmigo a través de toda prueba, no importa cuán severa sea ésta. Espero que como resultado de conocer estas maravillosas verdades y de caminar en ellas, un día se diga de mí: "Fue un hombre que sabía quién era en Dios, y estaba a menudo en oración, aprovechando la oportunidad maravillosa de tener comunión con el Padre".

Bruce Longstreth es un pastor que reside en Mobile, Alabama y es el nuevo editor de la revista NEW WINE.



De la misma manera en que David mató a Goliat, nosotros también podemos vencer a los "gigantes" que nos retan.

Decapitemos al enemigo!

Por Terry Law

Este artículo de Terry Law, es el último de una serie sobre el papel de la alabanza y la adoración en la guerra espiritual. En el primer artículo se presentaron tres armas espirituales que Dios ha dado a sus hijos (la palabra de Dios, el nombre de Jesús y la sangre de Jesús) y los cuatro "cohetes" que los impulsan (la oración, el testimonio, la proclamación o predicación, y la alabanza juntamente con la oración). En el segundo artículo conocimos cómo llegan estas armas hasta los cielos, desde donde recibimos ayuda sobrenatural para pelear nuestra batalla espiritual. En este artículo conoceremos la manera de poner estos principios a funcionar para que nos ayuden a conquistar los "gigantes" que cada uno de nosotros tenemos que enfrentar.

La batalla de David y Goliat en 1 Samuel capítulo 17, ha sido siempre uno de mis mensajes favoritos. Es emocionante percibir, en el corazón de este muchacho, la fe que le ayudó a derrotar al más formidable campeón militar de su época. Pero siempre hubo una pequeña pregunta que me quedaba de este mensaje: ¿De dónde sacó este adolescente semejante fe? Y si él pudo hacerlo en tiempos del Antiguo Testamento, ¿podemos hacerlo también nosotros hoy? ¿Podemos descubrir los principios que operaron en su vida y aplicarlos a la nuestra, para que nos traiga la misma clase de victoria en la confrontación de nuestros gigantes hoy?

Creo que podemos; es más, pienso que la razón que tuvo Dios para incluir la historia de David

en el Antiguo Testamento, fue enseñarnos algunos principios de la guerra espiritual en nuestra lucha de hoy.

Preparado por Dios

Un día en que estaba leyendo el capítulo anterior a la historia de David y Goliat, encontré la respuesta a esa inquietante pregunta. Comprendí de dónde venía la fe de David. La respuesta tiene que ver con el lugar *donde David estaba* cuando Dios lo levantó. Cuando Samuel vino para ungir a David como rey, él estaba en el campo cuidando ovejas; no era exactamente el lugar donde la gente buscaría a un rey. Pero veamos lo que acontecía mientras David estaba con las ovejas, y la manera como *Dios lo preparaba* para lo que se avecinaba.

Creo saber cómo se debió sentir David. Cuando yo era un joven pastor en Canadá, tenía que viajar ochenta kilómetros todas las semanas para ministrar a una pequeña congregación de veinticinco personas. Me pasaba días orando y ayunando, buscando el rostro de Dios, diciéndole cuánto anhelaba llevar su mensaje a las multitudes y verlos liberados por su gran poder. Pero tenía que ser fiel en el lugar donde Dios me había puesto y continué sirviéndole en esa pequeña congregación. Esa era la manera como Dios quería prepararme.

Igualmente David, a quien Samuel ya había ungido para que fuese el futuro rey de Israel, continuó cuidando las ovejas, obedeciendo a Dios en todo, esperando el tiempo cuando sería rey de Israel. Debió serle muy difícil emocionarse cuando pensaba en su unción real; no hay nada más exasperante que cuidar ovejas sin sentido. No obstante, David estaba haciendo algo allí: se estaba preparando para ser usado por Dios.

El compromiso de David en la alabanza

Mientras David estaba en los pastizales, se entretenía tocando el arpa. Es posible que escri-

quiera sus mejores salmos mientras pastoreaba las ovejas. Pienso que, sobre toda otra cosa, en su tiempo de preparación, Dios estaba revelando a su corazón de muchacho, los principios de la alabanza y la adoración y la prioridad que debía darles en su vida.

Si se quiere descubrir de qué está hecho un hombre, escudriñe lo que escribe, porque allí están presentes los elementos que lo componen. En el Salmo 61:8, David escribió el secreto de su gran fe y valor: "Así cantaré tu nombre para siempre, pagando mis votos cada día". David estaba descubriendo los principios que rigen en la guerra espiritual y que nosotros mencionamos en los primeros dos artículos. El arma de David era el nombre de Dios, y la lanzaba con el canto o la alabanza. Donde dice "pagando mis votos cada día", indica su compromiso de alabar a Dios todos los días de su vida, haciendo de la alabanza una disciplina espiritual.

La alabanza es tan importante como el estudio de la Biblia, como memorizar las Escrituras y como la oración.

Debemos llegar a un punto en nuestra vida, donde hagamos un compromiso de alabar. La alabanza es tan importante como el estudio de la Biblia, como memorizar las Escrituras y como la oración. La verdad es que no podemos orar bien sin entender primero la alabanza. Cuando estamos alabando a Dios, entramos en su presencia, el lugar donde él nos quiere. Y allí es donde suceden inevitablemente los milagros. La clave para alcanzar la fe que hace milagros, como la de David, descansa en la alabanza, porque la alabanza es el máximo acto de fe.

La fe más grande que yo haya ejercido jamás vino después de la muerte de mi esposa, cuando estaba enojado con Dios, herido, con el corazón deshecho. En medio del dolor me esforcé por decir: "Bendeciré al Señor, y le alabaré". No sé de ningún otro momento en mi vida en el que una fe tan pura me trajese al punto de la obediencia, sin sentir nada. Así es la fe. Después de esto fue

cuando Dios comenzó a llevarme a un ministerio mundial.

Goliat reta a Israel

Alabando a Dios, David se estaba preparando, mientras estaba en el campo, hasta que llegó el día en que estuvo listo para entrar en acción, precisamente cuando Israel estaba sumida totalmente en guerra con los filisteos. Los hermanos mayores de David, Eliab, Abinadab y Sama habían estado ausentes de la casa por cuarenta días, peleando con los ejércitos de Saúl, y su padre Isaí, envió a David para que les llevara un poco de queso y otras provisiones. En el preciso momento en que encontró a uno de sus hermanos en el campo de batalla, se escuchó uno de los gritos más pavorosos que jamás habían oído en sus vidas, dejando a todos congelados de miedo.

El hombre que profería el ensordecedor grito de batalla era el orgullo del ejército filisteo, Goliat de Gat, un gigante, no cualquier guerrero ordinario. Goliat lanzó su reto mientras Israel escuchaba:

Escoged de entre vosotros un hombre que venga contra mí. Si él pudiera pelear conmigo, y me venciere, nosotros seremos vuestros siervos; y si yo pudiere más que él, y lo venciere, vosotros seréis nuestros siervos y nos serviréis. . . Hoy yo he desafiado al campamento de Israel; dadme un hombre que pelee conmigo (1 Sam. 17:8-10).

Una respuesta sorprendente

Saúl y sus hombres vieron el tamaño gigantesco de Goliat, con sus ojos naturales y "se turbaron y tuvieron gran miedo", como dice la Biblia (v. 11). Pero recuerde los principios de la guerra espiritual que mencionamos en los primeros artículos. De acuerdo a 2 Corintios 10:4: "las armas de nuestra milicia no son carnales, sino poderosas en Dios para la destrucción de fortalezas".

David entendía ese principio. Cuando él y su hermano vieron desde la colina la enorme mole de Goliat, David hizo una pregunta que sorprendió a su hermano: "¿Quién es este filisteo incircunciso, para que provoque a los escuadrones del Dios viviente?" (1 Sam. 17:26).

David podía hablar así porque algo había sucedido en su espíritu. Había hecho un compromiso de alabanza que lo había acercado a Dios en una relación íntima. El había metido la alabanza en su espíritu mientras estaba con Dios y cuidaba las ovejas, y la alabanza había hecho algo en su espíritu. La persona que se acerca a Dios de esa manera, habla diferente.

¡Pero Eliab estaba incómodo! No hay nadie que pueda romper nuestra pompa de fe más rápi-

damente que alguien de nuestra propia familia. “¿Y quién te crees que eres tú, jovencito? Ya sabemos cómo fallaste la semana pasada. ¡No nos vengas ahora con este alarde de fe!”

David no se amedrenta

Pero a pesar del enojo de Eliab, David no se echó atrás. Se volvió a los otros y les hizo la misma pregunta: “¿Y quién se cree que es este filisteo incircunciso?”

El alboroto llegó finalmente a oídos de Saúl, quien llamó a David a su tienda. Allí, frente a la plana mayor del liderazgo militar de Israel, David expuso su caso: “No desmaye el corazón de ninguno a causa de él; tu siervo irá y peleará contra este filisteo” (v. 32). La fe del muchacho saltaba en todo lo que decía.

Pero Saúl no se impresionó. Se rió y le dijo a David que sólo era un muchacho y que no podría contra el gigante que había sido guerrero desde su juventud.

Con todo esto, David no se echaba atrás y no le quedó ninguna opción a Saúl más que permitir, aunque a regañadientes, que David saliera a pelear con Goliat. Me imagino la escena del ejército de Israel, esperando que apareciera el guerrero valiente que había sido escogido para pelear contra su más temido enemigo. Con gran expectación vieron abrirse los pliegues de la tienda para revelar su identidad. Imagine el desencanto cuando vieron salir a David en toda su gloria: un muchacho rubio, de 1,80 m. diciendo: “¡Déjenme! ¿Dónde está el gigante?”

Debieron sentir aún más temor cuando vieron a David, camino al campo de batalla, detenerse en un arroyo para recoger sus armas: cinco piedras lisas. Entonces corrió a la línea de batalla. No esperó hasta que el enemigo viniera a él; fue a buscarlo. Eso nos muestra quién tiene la iniciativa. Cuando tenemos fe, cuando estamos fluyendo en alabanza y adoración, no esperamos que la adversidad ataque: nosotros atacamos primero.

David corrió hacia Goliat, quien lleno de ira comenzó a gritar: “¿Soy yo perro, para que vengas a mí con palos?” (v. 43).

La contestación de David es la clave de toda su estrategia de batalla: “Tú vienes a mí con espada y lanza y jabalina; mas yo vengo a ti *en el nombre de Jehová* de los ejércitos” (v. 45. El énfasis es mío). Esta era el arma de David, *el nombre del Señor*.

Goliat había venido a destruir al joven con las mejores armas militares, pero David había aprendido que él tenía un arma mucho más poderosa, el nombre de Dios. La alabanza le había enseñado a luchar con fortalezas y demonios, y cuando el gigante vino, lo enfrentó con el nombre del Señor.

Metió la mano en la bolsa, tomó de allí una piedra lisa, comenzó a darle vuelta a la honda, e hirió al gigante en la frente. Goliat cayó inmediatamente, David le cortó la cabeza y la trajo a la tienda de Saúl. David, un pastorcillo de ovejas, que había venido al campo de batalla a traer provisiones para sus hermanos, terminó matando al más temido enemigo de Israel.

Proclamemos nuestra fe

Al comienzo de este artículo hice una pregunta que me había intrigado por muchos años: ¿De dónde sacó David su fe?; y si la usó para derribar fortalezas en el Antiguo Testamento, ¿por qué no podemos hacerlo nosotros también hoy? Dios me ha mostrado que David sacó su fe de la alabanza, la cual también está a nuestra disposición hoy. Creo firmemente, porque lo he visto en mi propia vida, que si aplicamos los principios que usó David en la guerra espiritual que nos confronta, podremos obtener la victoria sobre nuestros gigantes de hoy.

***Con la ayuda de Dios,
Ud. también puede cortar
la cabeza de su gigante. . .
La clave está en seguir
los principios básicos
que David usó
cuando mató a Goliat.***

El primer paso que dio David en su conquista fue *decirlo*. Aún cuando Goliat rugió, David respondió en fe: “¿Quién se cree que es este filisteo incircunciso?” Y cuando Saúl le increpó porque era sólo un muchacho, David le respondió con fe: “No desmaye tu corazón. Yo iré y pelearé”. Aún cuando Goliat le dijo dándose por insultado, que él no era un perro para que viniera con palos, David respondió con fe: “Tú vienes a mí con espada y lanza, pero yo vengo en el nombre de Jehová”. Podía hablar de esa manera porque había pasado tiempo con Dios en alabanza y Dios le había enseñado la manera de hacer guerra en el espíritu.

A veces decimos que no tenemos fe para algo. Pero si hacemos de la alabanza una prioridad en

nuestra vida, la fe surgirá dentro de nosotros con naturalidad. Así fue para David y puede ser para nosotros también.

Nuestra fe en acción

El segundo paso es *hacerlo*. No es suficiente sólo decirlo; hay que dar un paso más y hacerlo. Sólo cuando ejercemos nuestra fe, recibimos lo que pedimos. Así opera la fe. Mucha gente, por ejemplo, espera que Dios los haga testigos del Señor, pero Hechos 1:8 dice: "Recibiréis poder, cuando haya venido sobre vosotros el Espíritu Santo, y me seréis testigos. . ."

En el mundo natural, el poder viene antes de la acción, pero en el mundo sobrenatural viene con la acción. Nunca recibiremos una reserva de poder almacenada para hacernos testigos; pero si salimos a testificar, tendremos el poder para hacerlo. El poder se da mientras lo usamos.

Cuando voy detrás de la Cortina de Hierro para compartir el Evangelio, sólo abro la boca y comienzo a hablar. Si estoy bajo interrogación de la KGB, no recibo anticipadamente un gran poder sobre mí. En mi debilidad comienzo a caminar y en mi debilidad el poder del Espíritu Santo se levanta dentro de mí y Dios me hace un testigo. Así dice Hechos 1:8. La razón por la que el Espíritu Santo nos es dado no es sólo para bendecirnos, sino para hacernos testigos.

El tercer paso que dio David fue *contarlo*. Arrastró la cabeza de Goliat y se la llevó a Saúl para que toda la nación supiese lo que Dios había hecho. A muchas iglesias hoy les hace falta un servicio de testimonio, aunque es una de las reuniones más necesarias en la vida de la iglesia. La iglesia debiera de ser el lugar donde la gente venga, después de luchar durante la semana contra sus gigantes, para inspirar a otros a enfrentarse a los suyos. No hay nada mejor para mover la fe que un servicio de testimonios, de acción de gracias.

Un compromiso para alabar

Cada uno de nosotros tiene un gigante en su vida, sea de enfermedad, un miembro de la familia no convertido, dificultades económicas, o cualquier otro problema que se levante, tan grande como Goliat debió haber parecido a los israelitas. Con la ayuda de Dios, Ud. también puede cortar la cabeza de su gigante, tan efectivamente como David mató a Goliat. La clave está en seguir los principios básicos que él nos enseña para la guerra espiritual: un compromiso de alabar a Dios todos los días. Uno debe ser diligente en el ejercicio de esta arma poderosa. Si Ud. hace como David, podrá salir al campo de batalla y dirigirse directamente a su enemigo y derrotarlo.

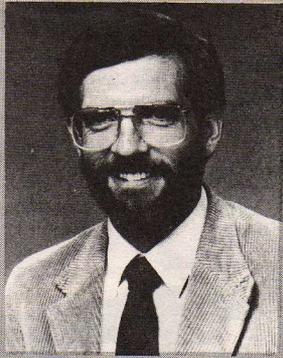
David no esperó hasta que el enemigo viniera a él; fue a buscarlo.

¿Por qué no hace ya un compromiso con Dios de alabar su nombre todos los días? Comprométase a esperar en Dios, a encontrar un lugar quieto o exhuberante, o como sea, donde su espíritu lo mueva a alabarlo. Comprométase a alabar el nombre del Dios Todopoderoso diariamente, y, por medio de esa alabanza, entrar en la batalla espiritual contra las fortalezas enemigas. Si Ud. está dispuesto a hacer ese compromiso con el Señor, quiero que haga esta oración para concluir este artículo:

Querido Padre Celestial, vengo a ti en el nombre de Jesús. Vengo en la debilidad de mi carne, con mis problemas y mis pecados, pidiéndote perdón. Hago mío el poder limpiador de la sangre de Jesús, y entrego a ti mi vida ahora mismo. Seré un hombre (o una mujer) de alabanza. Mi deseo será alabarte todos los días. Tu nombre estará en mis labios. Levantaré tu nombre entre los impíos. Te daré gloria a ti, mi Dios. Y lo haré en el nombre de Jesús.

Te doy gracias por la gracia y la fortaleza del Espíritu Santo al recordarme y ayudarme a cumplir con este compromiso de alabarte. Creo que veré la manifestación del poder de Dios en mi familia y en mi iglesia. Creo que impactaré mi ciudad, mi provincia y mi país; que las ondas se extenderán para afectar al mundo, debido a mi alabanza, a mi compromiso de levantar tu nombre. Dame tu poder y tu bendición para vencer a los gigantes que se me enfrentan diariamente. Te alabo, en el nombre de Jesús, amén.

Terry Law encabeza una organización que ha evangelizado en docenas de países alrededor del mundo, incluyendo Polonia, la Unión Soviética y otros países comunistas. Es graduado de la Universidad de Oral Roberts y es miembro de su junta directiva. El y su familia viven en Tulsa, Oklahoma.



SUGERENCIAS PARA PADRES

Bruce es graduado de una universidad cristiana y egresado del Seminario Golden Gate, en Mill Valey, California. Es el editor de Padregrama, y pastor de una congregación en Mobile, Alabama.

Nuestra familia se puede fortalecer o debilitar según la manera en que hablemos la verdad.

Por Bruce Longsteth

Una mañana, muy temprano, dos amigos discurrían sobre los sucesos del día que se avecinaba. Una manada de cuervos sobrevoló bulliciosamente por donde estaban sentados tomando café, recordando a uno de ellos una verdad muy interesante sobre los cuervos.

“Los cuervos saben cuidarse”, dijo uno. “Cuando la manada se alimenta en alguna parte, hay dos centinelas vigilando a los dos extremos del campo. Si un peligro se avecina, advierten a los demás en un “lenguaje especial”. Si algo llegara a suceder para hacer que los dos centinelas se descuidaran y no dieran la señal de alarma a los otros cuervos, la bandada matará a los dos que no hicieron su trabajo”.

“Yo no sabía eso”, dijo el otro amigo, “pero eso me recuerda de una característica muy peculiar de las gallinas.

Las gallinas son perfeccionistas. Un hombre que tiene un criadero me dijo una vez que si un pollo es más pequeño que los demás o si tiene alguna herida abierta, los otros lo pican hasta que lo matan. No toleran al diferente, al enfermo o al lastimado”

Pero, ¿qué tienen que ver estas dos historias con sugerencias

para padres? Bueno, ilustran la manera en que la gente tiende a dar y a recibir la verdad.

La historia de los cuervos describe la verdad sobre la fidelidad, el compromiso, el hacer bien nuestro trabajo y el velar sobre nuestras responsabilidades. La de las gallinas tiene que ver con las actitudes hacia los débiles, los pobres, los necesitados y los rechazados.

Más interesante que las historias en sí, son los hombres que las contaron y la manera en que recibieron este conocimiento. El hombre que contó la historia de los cuervos es una persona fuerte, siempre apuntando a una meta más alta, sumido en su trabajo, cuyas palabras por lo general estimulan, provocan y animan a la gente a expandir su horizonte, a esforzarse un poco más y a animarse a intentar cosas grandes.

El otro hombre había trabajado en una ocasión para el primero, pero se había quemado con el paso febril de sus esfuerzos mutuos. Es loable que todavía habían conservado la amistad aunque ya no trabajasen juntos, porque la mayor parte del tiempo se sentía como una gallina herida, picoteada por un sentido del fracaso. La historia de los cuervos ya no le emocionaba.

La verdad es importante y necesaria, pero es primordial sa-

ber comunicarla. Nuestra familia puede ser la víctima de un picoteo inmisericorde o puede recibir el estímulo de la verdad si sabemos compartirla. Veamos tres cosas que nos pueden ayudar en este aspecto.

1. *Tenga cuidado.* Un pollo herido que lo oiga recetar la historia de los cuervos como cura para su mal, pudiera sentirse peor por su revelación fuera de tiempo.

2. *Sea sensible.* ¿Qué es lo que necesita su esposa o su hijo? ¿Un reto o un descanso, disciplina o gracia? El buen samaritano no regañó al hombre herido porque viajaba solo y sin protección por un camino infectado de ladrones.

3. *Sea humilde.* La Biblia dice que “Dios resiste a los soberbios y da gracia a los humildes” (Stgo. 4:6). Un padre necesita toda la gracia que Dios puede dar para llevar a su familia por buen camino. La gracia y la verdad son características inseparables en el hombre humilde.

Dios, que hizo al cuervo y a la gallina, nos enseña por su creación. La manera de compartir lo que aprendemos, con aquellos que amamos y dirigimos, puede hacerlos sentirse por el suelo, aumentando su sentido de debilidad y fracaso, o puede hacer que se eleven a alturas nuevas y hermosas y eso sí es algo digno de contar.

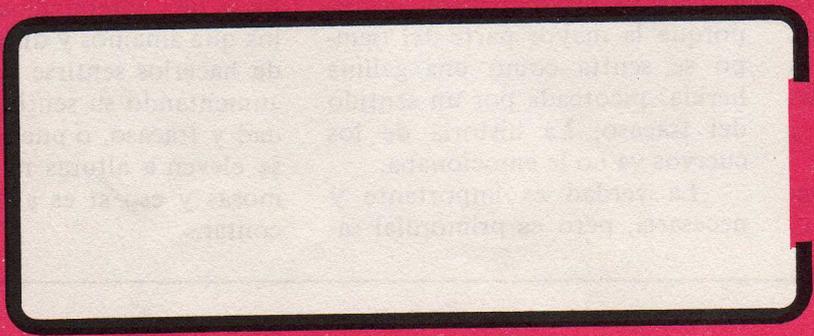
**TANTO...
POR
TAN
POCO!**

envíe
\$8
dólares



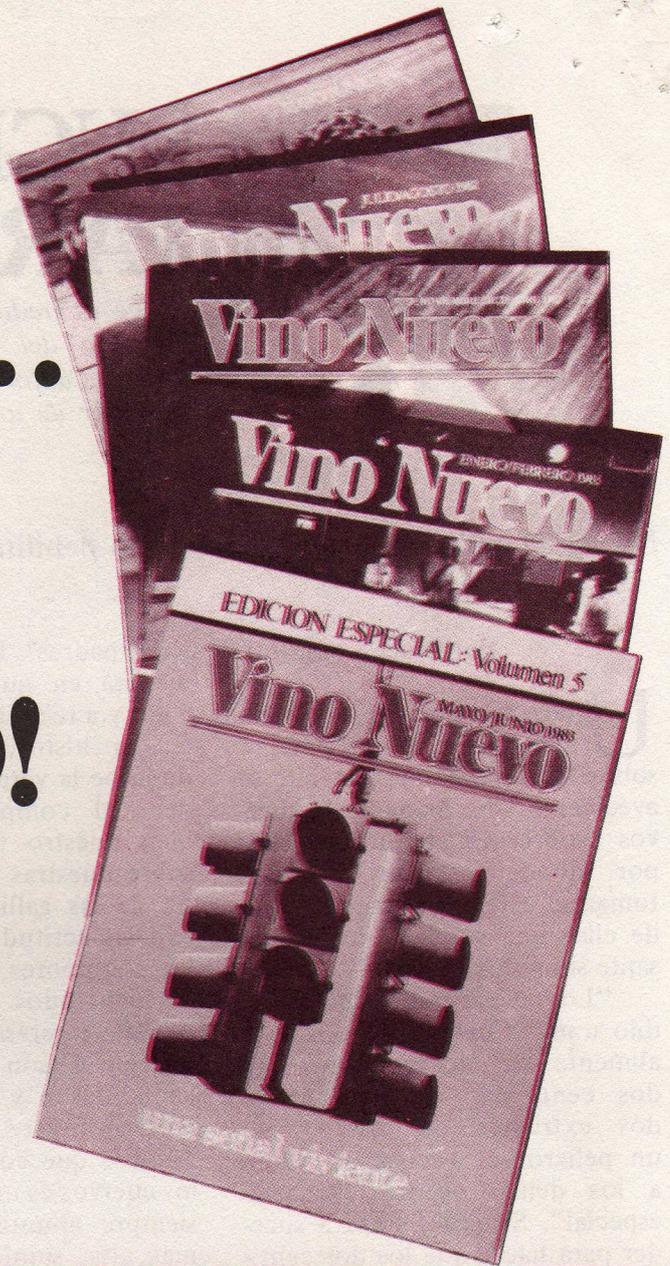
Vino Nuevo

CENTRO PARA DESARROLLO CRISTIANO
Apartado 5551
1000 San José, Costa Rica



**TANTO...
POR
TAN
POCO!**

envíe
\$8
dólares



Vino Nuevo

CENTRO PARA DESARROLLO CRISTIANO
Apartado 5551
1000 San José, Costa Rica

[Empty rectangular box for address or name]

